

CONSPIRACIÓN OCTOPUS

CONSPIRACIÓN OCTOPUS

Daniel Estulin

Traducción de Joan Soler Chic



La mayor parte de lo que están a punto de leer existe y es real en un universo paralelo de humo y espejos. Este mundo, desconocido para la mayoría, es un lugar donde los gobiernos, los servicios de inteligencia y las sociedades secretas luchan por hacerse con el control.

En este libro leerán sobre operaciones trascendentales e inconcebibles. A la mayoría de la gente le gustaría atribuir las a la mente imaginativa de un escritor de ficción. Nada más lejos de la verdad. PROMIS es real. Y no menos real e igual de aterrador es el mundo de Lila Dorada. Las descripciones que aparecen en esta novela sobre operaciones secretas extraoficiales son precisas y están bien documentadas, gracias al acceso a decenas de miles de fuentes originales y documentos nunca vistos hasta ahora, guardados bajo llave y enterrados en archivos, tanto gubernamentales como particulares.

Prefacio

Izvestia Russian Daily
Domingo, 24 de enero de 2010
PORTADA

Unidad secreta japonesa vinculada a crímenes
contra la humanidad durante la Segunda Guerra Mundial

Moscú, 24 de enero

Por uno de esos caprichos del destino, están saliendo a la luz atrocidades incalificables cometidas durante la Segunda Guerra Mundial por una unidad médica secreta de experimentación, conocida como Unidad 731, del Ejército Imperial japonés en el tristemente famoso campo de exterminio de Pingfan, Manchuria. Desde 1936 hasta 1943, en la Unidad 731 fueron asesinados entre 300.000 y 500.000 hombres, mujeres y niños. Las atrocidades allí cometidas fueron peores que las de los campos nazis. El sufrimiento duró mucho más..., y no sobrevivió ni un solo prisionero.

Durante más de sesenta y cinco años, las macabras actividades de guerra biológica de la Unidad 731 de Japón fueron el secreto más horrible y duradero de la Segunda Guerra Mundial. Durante más de sesenta y cinco años los gobiernos estadounidense, británico y japonés negaron una y otra vez que esos hechos se

hubieran producido. Hasta que, de pronto, intervino el destino y la historia empezó a reescribirse a sí misma palabra por palabra. Y un ser humano sufriente tras otro fueron abriéndole paso a la verdad.

El distrito de Kanda, en la periferia de Tokio, es la meca de las librerías de segunda mano. Comparables con las de Charing Cross Road en Londres, son frecuentadas por universitarios en busca de ocasiones. En 1984, un estudiante que miraba en una caja de viejos documentos desechados pertenecientes a un antiguo oficial del ejército, descubrió el asombroso secreto de la Unidad 731. Los documentos revelaban detallados informes médicos sobre individuos que padecían tétanos, desde el inicio de la enfermedad hasta el espantoso final. Sólo había una explicación, pensó el estudiante: experimentos con seres humanos. Por casualidad se había descubierto el secreto mejor guardado de la Segunda Guerra Mundial.

Pasarían otros doce años hasta que los primeros implicados, hombres de cabello blanco y modales suaves, empezaran a ponerse en fila para contar sus historias antes de morir. No obstante, el destino hizo acto de presencia en su forma más cruel. Uno a uno, los testigos vivos de los experimentos de la Unidad 731 fueron muriendo, llevándose sus secretos a la tumba. Al parecer, unos fallecieron por causas naturales y otros debido a accidentes inexplicados. A principios de 2008 todos habían muerto menos uno, Akira Shimada, un anciano frágil y viudo que vivía cerca de Osaka, y que desde 1939 hasta 1943 estuvo destinado en el Grupo Minato (investigaciones sobre disentería) de la Unidad 731.

Los oficiales estadounidenses encargados de interrogar a Akira Shimada después de la guerra le preguntaron por qué lo hizo. «Era una orden del emperador, y el emperador era Dios. No tuve elección. Si hubiese desobedecido, me habrían matado.» Tras tomar debida nota de la respuesta, los interrogadores militares bajo el mando directo de la Junta de Jefes del Estado Mayor clasificaron el informe como Doble Secreto. Los fiscales de los juicios por crímenes de guerra en Tokio fueron advertidos. A partir de entonces empezó el mayor encubrimiento de la gue-

rra; se hizo correr una cortina de secretos no muy distinta del Telón de Acero, y sin duda más duradera. Pasarían sesenta y tres años antes de que la historia de Akira Shimada viera la luz.

China Evening Post
Miércoles, 10 de febrero de 2010
PORTADA

Descubiertos secretos enterrados
de la Segunda Guerra Mundial

Pekín, 10 de febrero

La guerra en el Pacífico está plagada de historias sobre la crueldad de los japoneses contra ciudadanos chinos, así como contra soldados británicos y estadounidenses, entre otros. Las fuerzas imperiales japonesas no sólo utilizaron prisioneros de guerra como esclavos para construir su ferrocarril en Birmania, sino que realizaron con ellos terribles experimentos médicos en el cuartel general de la hermética Unidad 731, centro para armas de guerra biológicas y químicas de Japón. No obstante, mientras eso se producía, otra fuerza japonesa aún más furtiva se dedicaba a una labor tan secreta que pasaría a los anales de la historia como uno de los relatos más explosivos de la Segunda Guerra Mundial.

El proyecto llevaba el nombre de Lila Dorada y su cometido era saquear metódicamente el sudeste asiático. ¿De cuántos tesoros estamos hablando? Nadie lo sabe con exactitud, pero al parecer de China y el sudeste de Asia se rapiñaron cantidades tan enormes que, una vez terminada la guerra, Occidente decidió mantener dichas actividades en secreto.

Ahora, en su último libro, *Lila Dorada*, seguro que las revelaciones de la señora Lie D'an Luniset causarán un gran revuelo en Londres, Washington y Tokio, y con toda probabilidad contribuirán a que se interpongan demandas colectivas contra los gobiernos japonés y estadounidense. Según el editor de la señora

Luniset, el fantasmagórico tesoro está escondido en depósitos situados en la espesa jungla de Irian Jaya, en Indonesia, y alrededor de Rizal, en las laderas de Sierra Madre, la cadena montañosa más larga de Filipinas. Debido al intenso acoso de los medios, el paradero de la señora Luniset será un secreto celosamente guardado hasta la publicación de su obra, a principios de esta primavera.

Introducción

—*Hoy el Banco Mundial ha dejado caer una bomba en los mercados de inversiones de todo el mundo, al avisar de que, pese al bombo publicitario de la recuperación en la que Washington y Wall Street intentan hacernos creer, esta gran crisis económica sólo está agravándose.*

»*Las palabras del Banco Mundial son sencillas y claras: “La recesión global se ha agravado hasta alcanzar niveles inimaginables sólo seis meses atrás.” Según el Banco Mundial, este año el Producto Interior Bruto de los países desarrollados con mayores ingresos disminuirá un 14,2 %, y el comercio global sufrirá un apabullante descenso del 39,7 %.*

»*En palabras del propio Banco Mundial, “el desempleo se halla en su peor nivel de la historia, y el número total de personas que viven por debajo del umbral de la pobreza se incrementará hasta alcanzar la cifra de casi tres mil millones”.*

»*Entretanto, destacadas voces del Congreso están pidiendo con insistencia al recientemente elegido presidente de Estados Unidos que suspenda temporalmente la Constitución por la creciente inquietud que reina en el país debido a la gravedad de la situación económica.*

»*Están escuchando WIBT 99.6 en su dial de FM.*

La noche se resistía a ceder terreno. Desde las doce, como si llegaran puntualmente a una cita, los copos de nieve tapaban el campo circundante. El lento amanecer del invierno se abría camino por un cielo cobrizo, mientras, en el asfalto, la primera luz del día acariciaba una cinta azul que alguien había perdido. Las sombras de los árboles escarchados caían sobre la blancura como penachos azules.

Shawnsee, Oklahoma, era la típica ciudad del Medio Oeste, un lugar abstracto que quizá no habría existido a no ser por una tímida mención, unos cincuenta años antes, en una de las revistas de viajes más populares de Estados Unidos.

Lo que entonces llevó a Shawnsee a algunos papamoscas fue su arteria comercial de moteles recién construidos, con su neón y su imaginería figurativa, y los *drive-in* de moda de la zona sur, a lo largo de la vieja Carretera 90, denominada la Vieja Ruta Española. Era cariñosamente atractiva, con un estilo un tanto *kitsch*.

Pasó el tiempo, y la ciudad se fue haciendo más y más insustancial. La arteria comercial carecía ahora de vida, pues las modernas autopistas habían crecido en detrimento de las viejas carreteras. Con el tiempo, Shawnsee se había convertido en una especie en vías de extinción rápida: una destartalada gasolinera a la que sólo se accedía por el extremo occidental; un puesto de refrescos cuyo propietario se sentaba en una silla de plástico ple-

gable, esperando a algún cliente y dando caladas a un cigarrillo. Y por fin el motel Merry Kone, un mamotreto de dos plantas y veintiocho habitaciones, con sus columnas de neón de los años cincuenta sobresaliendo de un edificio central, un vestíbulo con paneles de madera y un anticuado letrero de helados. Eso era todo lo que quedaba de la otrora orgullosa pero poco conocida Shawnsee.

La transformación antropomórfica de un cucurucho de helado recubierto de neón es lo único que se recuerda del artículo de la revista, de una época pasada y olvidada. Los «buenos tiempos» sin el «buenos». Las habitaciones eran más o menos iguales que las de cualquier otro motel del Medio Oeste americano. Hacía varias décadas que la pintura negra se había desconchado siguiendo patrones simétricos. Los raídos visillos tapaban las ventanas empañadas; la inadvertida puerta principal nunca cerraba. Las habitaciones eran de un marrón apagado, desgastado. De las alfombras emanaba un ligero olor a moho. Ni siquiera los productos de limpieza industriales podían borrar el tufo a deterioro.

Esa noche, un vigilante paticorto y regordete estaba sentado en un taburete, apoyado en la pared. Tenía las manos ásperas, y los dedos gruesos y sudorosos. A raíz de un forúnculo extirpado unos años antes, presentaba una cicatriz en la mejilla izquierda. La cicatriz, así como su recortado bigote color miel, provocaba una especie de incomodidad moral a quien lo mirara. La otra persona despierta era una asistente que unos minutos antes de las seis había fichado debidamente.

Para ella, eso significaba levantarse cada mañana a las cinco. Una peineta se erguía como un ala en su ondulada cabellera gris. Había envejecido con poca salud y ojeras. Tenía una frente ancha y despejada, los ojos de color aguamarina y una boca grande y roja con una pelusa negra sobre el labio.

Aquella noche nevosa y fatídica del 7 de febrero, en el motel Merry Kone de Shawnsee, Oklahoma, había seis huéspedes. Una pareja de edad avanzada camino de un entierro, un ruso nacionalizado estadounidense que decía continuamente «*nein*» en vez de «no», un camionero de piernas largas y flacas, y un hombre grandote y huesudo con papada y mucha grasa en el centro. Y en

la habitación 206 un periodista desempleado de treinta y tantos años: metro ochenta, el cuello esbelto, el pelo recortado, los ojos de un azul translúcido, las orejas algo prominentes. Lo que la mayoría de la gente recordaba de ese hombre era su mirada turbadora y penetrante. El resto de sus datos biográficos se hallarían en el bolsillo interior con cremallera de su elegante pero gastado abrigo.

Dormir... dormir profundamente. En la habitación 206 un hombre dormía agitado. La intensidad y el colorido de sus sueños aumentaban incluso cuando ya se acercaba la vigilia. «Un poco más», pensó. Se volvió y metió la mano debajo de la sábana, escuchando los relajantes sonidos del agua a lo lejos. «Excelente», se dijo a sí mismo. En la penumbra, una hermosa luz color mandarina había llenado las esferas de vidrio de un enorme reloj de arena. Se abrió una fachada naranja aterciopelada con una pequeña puerta y una señal blanca, invitándolo a entrar. Entornó los ojos para ver la placa de latón. Nada. De repente notó que su cuerpo era invadido por una creciente ligereza. Otra imagen: 1974. Saltó un charco, un escarabajo coprófago se había pegado a una rama..., y él corría por el campo, solo, bajo las espléndidas nubes. ¡Ay! Se pinchó el dedo gordo del pie. «Esto duele. Solo no... Con Simone.» Ella le coge la mano, el viento desbaratando sus trenzas. «No, no, ya me despierto.» Dormir, al fin, con un sueño profundo y desinhibido. «Todo va bien. Duerme, Danny, duerme.»

Estaba tan adormilado que no respondió enseguida cuando una aguja hipodérmica se insertó bajo una uña de su pie izquierdo. Aún nevaba un poco, pero, con la escurridiza imprevisibilidad de un ángel, la nieve cambiaba una y otra vez de dirección. «Bueno, bueno, se ha acabado», dijo Simone en voz baja mientras los dos salían de una glorieta y saltaban sobre un pozo y el arco iris. «¡Danny, Danny!» Él dio otro paso..., y todo terminó. Estaba muerto.

El teléfono sonó una sola vez. El director adjunto de la CIA miró la pantallita y levantó el auricular con su manaza, pero permaneció en silencio.

—Ya está —susurró el hombre, apoyado contra la pared y repitiendo las palabras que había pronunciado docenas de veces a lo largo de los últimos años.

—Bien —susurró el hombre de la CIA. Se hallaba en el centro de la estancia, donde la única fuente de luz eran los fríos rayos que proyectaba la luna desde el cielo nocturno.

—¿Tiene...?

—Lo tengo. —El asesino apretó el asa de una gastada maleta, que colocó delante de él.

—Llamaré al jefe enseguida. El resto del dinero le será transferido por la mañana.

—*Merci.*

No cabía duda al respecto. El hombre sentado en una roca, acurrucado en un estrecho agujero, observaba un convoy de tres vehículos avanzar lentamente por un terreno árido. Tenía ganas de pelea. Control. Lo percibía, lo sentía, lo saboreaba. Lo tenía en las puntas de los dedos. Poder absoluto. Resultaba extraño que algo que él buscaba desde hacía tanto tiempo estuviera tan a menudo conectado con la rutina. Sí, había trabajado por ello, con diligencia. Soberanía. Soltó un gruñido. Vaya estupidez...

Prefería ir despacio, desmenuzar los trozos poco a poco, evitando cambios repentinos del poder nacional al federal. Y ¿por qué no regresar al período anterior a Hobbes? La Edad Media tenía mucha más humanidad, y una diversidad de identidades que en la actualidad podría constituir un modelo. La Edad Media es hermosa. Poderes sin territorios, sin soberanía. El totalitarismo no existirá. La democracia no necesita ninguna clase de soberanía. Necesita un mundo de regiones y ciudades, sin estados-nación soberanos que defiendan el bienestar general. Más bien una estructura imperial, una nueva Edad Media con una esperanza de vida, una pobreza y una población acordes.

Los vehículos eran tres camiones con matrícula de California, indistinguibles de cualquier otro que pasara un día cualquiera por la zona. Poco a poco, el Hombre Poderoso se concentró en el camión que iba delante. Intrincadas interdependencias humanas. Poder y riqueza. Un antídoto perfecto para seleccionar los montones de mentes inexpertas influenciadas por necesidades

elementales. El colapso financiero mundial destruirá la riqueza, acabará con el nivel de vida de todos y deshumanizará a la población, convirtiéndola en un rebaño de ovejas todavía más asustadas que ahora.

El hombre se puso de pie en la roca.

Permaneció un instante inmóvil bajo los silenciosos tilos. La integración del mundo debe ser el objetivo primordial de cualquier cultura progresista, y donde los gobiernos han fallado, los industriales triunfarán. Debemos tener una aristocracia selectiva, no de privilegios, sino de entendimiento y propósito. De lo contrario, la humanidad fracasará. «La codicia es buena», dijo en voz alta mientras entraba en el campo visual de los faros y se dirigía al convoy.

—Esta noche va a reunirse con uno de nuestros hombres en Shawnsee.

—Estará contento, Jefe.

—Un día este joven morirá. Cáncer, un ataque cardíaco, leucemia, Parkinson, vete a saber. —El hombre al que llamaban Jefe hizo una pausa—. Sólo queremos realizar un pedido urgente ante esa deseable eventualidad.

El timbrado de un teléfono interrumpió la conversación.

El Jefe buscó en el bolsillo y sacó un móvil.

—¿Sí? —Su voz sonaba brusca y áspera.

—Ya está —contestó, todavía oculto, el hombre de la CIA. Se llamaba Henry Stilton, director adjunto de la Agencia Central de Inteligencia. Era alto, desgarbado, e iba impecablemente vestido. En su rostro anodino destacaban una barbilla hendida y unas cejas pobladas.

—Bien —dijo el Jefe, mirando de soslayo a su izquierda. Entornó los ojos mientras rememoraba recuerdos invisibles.

—Esto significa, literalmente, que se ha llevado los códigos a la tumba. —Echó whisky en un vaso.

El hombre al que llamaban Jefe se volvió.

—Sin ese dinero el gobierno no tendrá más remedio que devaluar el dólar para evitar el desastre inmediato. —Entornó los

ojos, irritados por el humo del tubo de escape—. Un colapso del valor del dólar causaría, en el planeta entero, una implosión simultánea de las economías nacionales.

—Estamos un paso más cerca. Un nuevo sistema monetario mundial. —El hombre de la CIA eructó ligeramente mientras sacudía la cabeza—. Los que dirigen los mercados monetarios controlan el mundo.

—Un nuevo orden mundial. Nos hallamos al borde de una nueva edad de las tinieblas global, que durará generaciones. Al final, sólo sobrevivirá una minoría relativamente pequeña de la población del planeta.

—Quizá lo estemos celebrando demasiado pronto. ¿No es posible que el gobierno tenga otras opciones? —preguntó el director adjunto de la CIA, que hacía girar el vaso en la mano como si fuese algo que él mismo había fabricado y de lo que se estuviera despidiendo.

—Lo que se ha propuesto casi equivale a tomar cianuro como remedio para el mal aliento —contestó el Jefe—. El género humano es la influencia más poderosa para las formas deliberadas de cambio progresista a estados superiores. Por eso se debe asfixiar a los primates superiores.

—Hundiendo los mercados mundiales —señaló el hombre de la CIA, que sonrió tranquilamente aunque estaba inquieto.

—El dinero no tiene valor económico intrínseco. Es un medio para alcanzar un fin deseado.

—Ya sabe lo que dicen, ignorancia no es lo mismo que inocencia —comentó Stilton, y soltó un suspiro.

—Hummm, llame a Lovett y manténgame informado. —El Jefe colgó el teléfono—. Vamos.

—Sí, Jefe.

Se abrió la portezuela del conductor; el hombre subió y encendió las luces. Menos de diez segundos después, los vehículos habían desaparecido.

Reed introdujo en su boca el último y suculento bocado de pan negro con una montaña de salsa de arándanos, tomó una

última copita de champán y ocupó su sitio tras una mesa ovalada de caoba hecha a mano. Era el guardián de la cripta. Un número de cuenta. No, *el* número de cuenta. Era responsabilidad suya. Más que el dinero en sí, lo que lo excitaba era el impropio número de ceros que había detrás de la primera cifra. Concentraba la atención en ellos. Ah, la emoción del descubrimiento, la exaltación de la riqueza, el conocimiento del poder...

Reed sentía que el dolor le abrasaba los ojos y las sienes y se desbocaba hacia abajo, hasta clavársele en el pecho. Tenía la mirada fija en la pantalla. El estruendo procedía de su interior, pero al principio había sonado más bien apagado. Cerró los párpados con fuerza, contó hasta cinco, hasta diez, y luego los abrió, plenamente consciente del súbito temblor que lo inmovilizaba por momentos. 0.000000000. Cero. Cero dividido por cero, más cero, multiplicado por cero. De repente, Reed fue presa de convulsiones borborigmicas. Un segundo destello confirmó que algo desafinaba.

Y ahora, mientras miraba boquiabierto la enorme pantalla de su ordenador y trataba de comprender, intentó procesar el hecho de que una suma de dinero muy elevada... no, muy, muy elevada... no, fantasmagórica, había desaparecido de su ordenador. Clavó de nuevo la mirada en la pantalla, empotró la silla contra la mesa de caoba, se frotó los ojos, sacudió la cabeza, pulsó varias veces la tecla de retorno, hizo una pausa, la pulsó unas cuantas veces más. Por fin, decidió apagar el ordenador y volver a encenderlo. «No puede ser», murmuraba a través de los dientes apretados. El vértigo que sentía junto a aquel abismo lo empujó hacia delante. Como en estado de trance, tecleó la jota mayúscula, luego la *i* griega minúscula y los números 5, 7 y 2, asterisco, 4, el símbolo del dólar y finalmente el signo de interrogación. Contraseña aceptada. Su cuenta bancaria estaba a cero. Tiene usted cero dólares en su cuenta. Reed se limpió el sudor de la frente, se secó las manos en los pantalones, cogió el teclado con ambas manos. Tenía que recuperar la cordura concentrándose en cosas pequeñas. Verificar la cuenta. «Quizás el número de cuenta esté equivocado. Eres presidente de Citibank. Conoces miles de números de cuentas.»

Reed buscó en el cajón superior y sacó una gruesa libreta con tapas de cuero negras. La abrió por la página 47, dolorosamente consciente de las gotas de sudor que corrían... no, que manaban por la parte posterior de su cuello. «Empieza otra vez. Cero. Tienes cero dólares en tu cuenta corriente.»

Era una noche fría y lluviosa de febrero y el viento se colaba por la ventana entreabierta. «Tranquilízate. Esto tiene una explicación lógica. Tranquilízate, he dicho. Sí, sí, me tranquilizo. Debo tranquilizarme.» Se lavó la cara, se cambió de ropa, se sirvió otra copa y volvió a empezar.

«Cero. Tienes cero dólares en tu cuenta corriente.» Temblando de arriba abajo, se apartó de la mesa, se puso de pie y echó a andar por el pasillo hasta la puerta principal. Cero. Cero. Cero. Cero. Cero. Cero. Cada cero proyectaba una sombra fatal sobre sus sentidos.

«Cero», murmuró Reed cuando llegó al final del pasillo. «Cero», repitió mientras salía al exterior. Era consciente de que le temblaban las manos. Se detuvo un momento y respiró hondo, sujetándose la manga derecha con la mano izquierda.

«Ordenador averiado. Vete a la cama. Mira, es imposible. Se trata de un sistema blindado. Quién iba a atreverse... Soy John Reed... en caso de que ya no sea lo bastante lúcido para recordar quién es John Reed, era... no, es y será. Vaya estupidez.»

Con un gesto muy suyo, Reed sacudió la cabeza con vehemencia. De pronto, una leve sonrisa brilló en su boca.

«Ordenador averiado. Ordenador averiado. Ordenador averiado...», mientras llegaba al pie de las escaleras.

Entonces sonó el teléfono. Reed levantó el auricular con desgana.

—¿Sí? —Su voz sonaba como si flotase en medio de un sueño angustioso.

Tras un breve silencio, alguien dijo:

—Perdone, señor. Ciertos caballeros desean que acuda en persona, y cuanto antes, al lugar habitual.

Se oyó un clic y se cortó la comunicación.

Teresa, un valle rodeado por montañas ricas en mármol, es una de las zonas menos interesantes de Rizal, en las laderas de Sierra Madre, la cordillera más larga de Filipinas. De hecho, podría no haber existido si no fuera por el arroz que se cultiva en terrazas desde hace siglos, en medio de los llanos del oeste y las onduladas colinas y escarpadas crestas del este.

John Reed, presidente de Citibank, conocía bien el terreno. Estuvo ahí, sesenta años atrás, a las órdenes del general MacArthur. Lo vio de primera mano. Área de operaciones: el Pacífico. Poco después de la guerra formó parte de una expedición secreta encargada de encontrar el tesoro y traerlo a casa. Los condujeron con los ojos vendados hasta una zona próxima al lago Caliraya, en Lumban, Filipinas. Les ordenaron cavar sin preguntar por qué ni para qué. Trabajaban de noche. Se avanzaba a duras penas. Todos los túneles estaban llenos de trampas y callejones sin salida que dificultaban y retrasaban la excavación. Su equipo de búsqueda había tardado ocho meses en encontrar la primera cámara del tesoro, situada a sesenta metros bajo tierra. Los japoneses lo habían enterrado y habían dejado señales extrañas en las rocas, a fin de ocultar la verdadera ubicación del botín.

«Sesenta años atrás.»

Abrió la puerta, salió a la galería y se quedó mirando el colorido *collage* que veía desde el magnífico ático que daba al río Hudson, en pleno centro de Nueva York. Y lo que contempló ese día le pareció una estampa de colores exquisitos, una benévola definición de realismo enjaulado, como metáfora de la forma artística y, al mismo tiempo, del destino humano. Su destino.

«Ojalá supieran...»

Sólo unos cuantos privilegiados sabían que Teresa formaba parte de la mayor conspiración de la historia de la humanidad, una leyenda susurrada entre quienes conocían el alucinante tesoro que fue robado y escondido por el Ejército Imperial japonés en retirada durante los días más duros de la Segunda Guerra Mundial.

«Un millón trescientas mil toneladas métricas de oro.»

Se sirvió una copa.

«El equivalente a seis coma cuatro trillones de dólares. ¿Hay alguien capaz de concebir una cifra tan extravagante?»

La cantidad de oro era diez veces superior a las cifras de las reservas oficiales de todo el mundo proporcionadas por el Banco Mundial. El hecho de que existiese tal cantidad de oro fuera de los circuitos oficiales resultaba increíble, pensó John Reed. Que un puñado de gobiernos lo bastante afortunados para saber la verdad hubiera guardado el secreto, era algo extraordinario.

«Seis coma cuatro trillones de dólares escondidos en los agujeros más profundos de las junglas de Sierra Madre», murmuró para sí, convirtiendo en palabras sus pensamientos.

Reflexionó sobre el hecho de que el oro, al igual que ocurre con los diamantes, es mucho más común en la naturaleza de lo que la gente cree. Si alguna vez llegaba a conocerse la verdad, ésta destruiría la economía mundial, porque la mayoría de los países todavía utilizaban el patrón oro como respaldo de su moneda.

Se le ocurrió pensar que la naturaleza es bella pero no tiene nada de coherente. Ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo. ¿Por qué es tan escurridizo? El futuro no viene después del presente en línea recta desde el pasado, ni tampoco el presente es una línea recta. El futuro es imaginario y siempre puede ser anulado.

«Sobre todo si deciden matarme.»

Una parte del oro de Filipinas, el equivalente a unos cuantos billones de dólares, fue embarcado a Génova a bordo del portaaviones *President Eisenhower*, y después trasladado a diversos bancos de Suiza en un convoy fuertemente protegido.

El resto... un secreto envuelto en misterio, guardado tras mil cerraduras de criptonita desde principios de la década de 1960, custodiado por cincuenta y cuatro fideicomisarios, en depósitos de Teresa y en las montañas selváticas de Irian Jaya, Indonesia. Los fideicomisarios trabajaban de manera independiente, sin conocerse unos a otros. Pero estaban coordinados por una serie de directores del complejo industrial-militar, quienes a su vez eran controlados por su superior jerárquico. Y por encima de ellos, en el vértice de la pirámide, Octopus: menos de una docena

de miembros, estrechamente unidos y financieramente entrelazados. Los controladores de la riqueza del planeta, hombres cuyo poder hacía girar el mundo.

Reed tragó saliva y puso mala cara. Durante varios segundos siguió mirando al frente. El gobierno utilizaba el oro oculto en Suiza como garantía monetaria de un programa comercial extraoficial con derecho ilimitado de giro sobre los depósitos. El dinero, poco más de doscientos veinte billones de dólares, estaba depositado en treinta cuentas de Citibank. Su banco. Otra pausa. Se le crispó el rostro. De todos modos, el gobierno no era la única entidad con acceso a ese dinero.

Mediante cuentas espejo al margen de los libros, Octopus también sabía sacar provecho del dinero del gobierno, utilizándolo para acaparar los mercados mundiales mediante fusiones y adquisiciones, con tapaderas y manipulando precios. Los pensamientos de Reed eran como piedras que caían en agua estancada. El gobierno... y... Octopus. Intereses entrelazados, objetivos diametralmente opuestos. Bien, alguien había robado el dinero, y el mundo podía sufrir una desintegración financiera. Reed estaba citado a declarar, y Octopus quería respuestas... que él no tenía. El mensajero había sido muy correcto, pero en su voz había algo inexplicablemente violento. Algo que hizo a Reed desear que fuese otro quien tuviera que enfrentarse a ellos.

—Personalmente, me sorprende que pase algo así estando JR de guardia —soltó con un bufido un individuo situado justo a la izquierda del hombre al que llamaban JR. Henry Stilton era director adjunto de la CIA. JR era, en efecto, John Reed, presidente de Citibank—. A estas alturas, ni siquiera podemos empezar a calibrar las consecuencias.

Stilton contaba sesenta y pocos años y había sobrevivido a tres administraciones presidenciales. Sacudió la ceniza de su puro cubano y miró desafiante a los presentes, como si esperase que al menos uno lo contradijera.

Además de Stilton y JR, había otras dos personas sentadas a una mesa de reuniones de caoba en forma de U, en una estancia

especialmente insonorizada cuya intimidad estaba garantizada por un blindaje de Faraday e interceptores de radiofrecuencia de banda ancha.

—Henry, no insinuarás que en nuestras medidas de seguridad hay deficiencias o falta de supervisión. ¿Verdad? —John Reed tenía una voz de barítono profunda y melosa, acentuada por años de tabaco y bebida.

«Bud», para sus amigos, era un conservador reaganiano de setenta y cinco años, con lo que superaba en edad a todos los presentes. En los pasillos del poder se decía que, si antes era más fácil ver a un presidente de Estados Unidos que a Bud Reed, ahora era claramente distinto.

—Bueno, no sé, Bud. ¿Cómo lo llamarías tú? Tienes más agujeros que un colador. No lo tomes como algo personal. Me ciño a los hechos.

—Caballeros, melodramas aparte, estamos en un aprieto de esos que pasan una vez en la vida y en el que, lamento decirlo, ojalá yo nunca me hubiera visto implicado.

El hombre se quitó el abrigo cruzado de pelo de camello y lo colgó pulcramente en el respaldo de su asiento. Hablaba con suavidad, como si escuchase el sonido de su voz, acariciando cada sílaba al deslizarse de su boca. Con cincuenta y tres años, era el más joven del grupo, vicepresidente de Goldman Sachs y presidente honorario del poderoso Grupo Bilderberger. No era sobrino de nadie. Tampoco había estudiado en Yale. De hecho, no había completado los estudios universitarios, pero tenía un gran talento para las finanzas. Su nombre era James F. Taylor. La «F» correspondía a Francis, el apellido de soltera de su madre. Sabía de qué hablaba. Nadie en la mesa podía dudarle.

Reed arrugó la nariz y parpadeó unas cuantas veces.

—El sistema es hermético —insistió.

—¿Ah, sí? —intervino un hombre calvo y fornido de Tejas—. Entonces, ¿dónde está el dinero?

Oficialmente, era un analista de alto rango del Departamento de Estado. Extraoficialmente, ocupaba un puesto de responsabilidad en la Unidad de Estabilización Política, una rama de los servicios de inteligencia de Estados Unidos conocida como Ope-

raciones Consulares. Su nombre era Robert Lovett. Lo describían como «arquitecto de la Guerra Fría» y había sido ejecutivo de un viejo banco de Wall Street llamado Brown Brothers Harriman.

—Es hermético, ¡creedme! —Dio un puñetazo sobre la mesa.

—Puedes repetirlo *ad nauseam*, Bud. Sólo falta que te quites la ropa como en el sesenta y ocho para demostrar tu sinceridad...

—Dadme un tiempo y lo recuperaré. Lo juro.

—Mejor que así sea —replicó Taylor—. De lo contrario, la desaparición del dinero provocará el hundimiento de la economía mundial.

—Yo haré...

—Bud, ese dinero es el mecanismo de control de los intereses financieros de Octopus —lo interrumpió Stilton—. Es decir, nuestros intereses privados, en caso de que no lo hayas entendido.

—O sea, un instrumento de peso y una salvaguarda contra las políticas económicas de los gobiernos soberanos —apuntó Taylor.

—Bud, ¿cómo demonios se supone que vamos a construir un imperio si no tenemos ni un centavo a nuestro nombre? —dijo Lovett. Hizo una pausa y añadió—: En este momento somos un imperio de víctimas. Señor, vaya mierda... —Se dio una palmada en la rodilla—. A mí, por lo pronto, no me gusta ser víctima, Bud. Así que sé bueno con nosotros y encuentra ese dinero.

—¿De cuánto estaríamos hablando? —inquirió Stilton, para a continuación levantar una reluciente bota sobre el brazo del sillón y apretar la boca.

—¿Una cifra aproximada? En torno a doscientos billones —contestó Taylor.

Stilton se rascó las axilas, pensativo.

—No se preocupen, caballeros —dijo Reed—. En cuanto averigüemos cómo lograron los autores anular los múltiples sistemas de seguridad y apoderarse de nuestros fondos, tendremos una idea clara de dónde se encuentran. —Tragó saliva—. Apostaron fuerte y les dio resultado. En cualquier caso, el dinero no es el factor determinante de la riqueza. Pero sí nuestro poder.

—Bud, tu argumentación hueca es propia del positivismo lógico, con una huella característica no de un pensador original sino de un sicofante bizantino. —Taylor le apretó el brazo contra su cuerpo—. Tienes una semana para encontrar el dinero.

Reed se liberó impulsivamente.

—Una semana.

En el motel Merry Kone, había que abandonar la habitación a las once. La mayoría de los huéspedes eran camioneros y viajeros que se iban al despuntar el día. El ingreso se hacía al mediodía, pero pocas personas se registraban en el Merry Kone antes de ponerse el sol. Shawnsee, Oklahoma, no era exactamente una atracción turística.

«Qué extraño...», pensó la mujer de la limpieza. Miró su reloj de plástico. Las doce treinta y cuatro. Hinchó con sorna los orificios nasales. Dudó un instante, acercó la oreja a la puerta y escuchó durante unos segundos. De pronto, llamó al contrachapado.

Nada.

Volvió a llamar, esta vez con insistencia e irritación. El sonido era hueco, como si lo causara el bulto robusto de un puño cerrado. Entonces, la mujer abrió con una tarjeta.

—¿Hola?

Se detuvo un momento antes de entrar con decisión. Los pesados visillos permanecían corridos. La cama estaba sin hacer, pero la habitación no parecía ocupada. La mujer entró en el cuarto de baño.

Se quedó boquiabierta. Al salir, estaba pálida. Era como si dentro del pecho tuviera un globo que le impidiera respirar. De repente, llenó el aire un grito desgarrador:

—¡Dios santo...! Por favor, que alguien me ayude. ¡Hay un hombre muerto en la bañera!

Entró enseguida otra mujer de la limpieza, seguida del recepcionista. Se quedaron los tres clavados en el suelo.

—Lucía... —le dijo el recepcionista a la mujer de la limpieza, empujándola fuera—. Por favor, cierra la puerta y espera abajo. Yo llamaré a la policía.

La parte más profunda de la naturaleza humana cubre el planeta con una nauseabunda capa viscosa de rechazo.

Un hombre con gafas oscuras de diseño y manos como hojas de hacha paseaba tranquilamente por la Piazza del Popolo, frente a un viejo y calvo vendedor de salchichas de rostro arrugado y unos niños gritones que iban de excursión. En el otro lado de la Piazza, en un hueco entre los edificios, se levantaba Santa Maria del Popolo, una de las primeras iglesias renacentistas de Roma, famosa por albergar el *Martirio de san Pedro* y la *Conversión de san Pablo* de Caravaggio, y la Capilla Chigi de Rafael.

Se llamaba Curtis Fitzgerald, tenía cuarenta y un años y era ranger del ejército y miembro de la Décima Unidad de Fuerzas Especiales de Estados Unidos. Lo apodaban el Guerrero Celta, y era evidente que para ese alto filadelfiano su imponente tamaño suponía una gran ventaja. Era un hombre de muchos proyectos, y a todas luces su cuerpo era uno de ellos. Curtis había sido durante años especialista de «gama alta». En la jerga de los servicios de inteligencia, la expresión «gama alta» se refería a alguien acreditado para acceder a niveles de alto secreto. Y tras casi dos décadas de servicio, a Curtis aún le gustaba su trabajo.

Tal vez para concentrarse mientras dudaba entre varias direcciones, o quizá porque observaba ahí cierta oculta relación con su apuro actual, Curtis volvió a pensar en su última misión.

El último trabajo lo había llevado a Bagram, una antigua

base aérea soviética situada a unos quinientos kilómetros al norte de Kabul, capital de Afganistán. Una causa «de cinco estrellas», concebida para mejorar el estilo de vida de esos «nau-seabundos pastores de cabras», como los habían definido sus superiores. Durante la invasión soviética de los años ochenta, fue siempre el reducto más seguro del país, nunca en peligro real de ser atacado. Ahora era el principal centro de detención de los más duros y aguerridos prisioneros y simpatizantes de Al Qaeda. Bagram está situada en una llanura rodeada de cumbres nevadas, un escenario espectacular, la clase de propiedad inmobiliaria que en Estados Unidos estaría bien regada y llena de campos de golf.

Curtis era «senior E», contraseña de investigador principal en un equipo especial de tres hombres. Los aliados habían capturado un HVT, un objetivo de alto valor, alguien que al parecer tenía contactos directos con Osama bin Laden. Cuando llegó Curtis, el Prisionero n.º 178 ya estaba esperando en una tienda militar junto con personal de alto rango, analistas del ejército y agentes de contraespionaje. La zona que albergaba los prisioneros era un enorme campo con límites de adobe que, en otro tiempo, antes de la sequía, había sido un exuberante huerto de manzanos. Dentro había ocho tiendas de gran tamaño, cada una con sus faldones permanentemente subidos y rodeadas por tres rollos de alambre. El cometido de Curtis consistía en evaluar la importancia de cierto prisionero para los servicios de inteligencia, un arte impreciso para cuya ejecución se apoyaba, en buena medida, en su perseverancia y sus instintos.

—¿Por dónde entraste en Pakistán? —preguntó con su voz retumbante.

—Por Lahore —contestó el prisionero. Era mayor, quizá cincuenta y tantos, estaba ligeramente herido en el costado y en una mano, y temblaba de frío.

—¿Por qué entraste en Pakistán por Lahore?

—Allí me llevó el billete.

—¿Quién le dijo al representante de la compañía aérea que tu ciudad de destino sería Lahore?

—Yo.

—¿Por qué querías ir allí?

—Seguía instrucciones.

Curtis frunció el ceño. El interrogatorio estaba siguiendo una pauta desalentadoramente improductiva. Siguió adelante.

—¿Quién te pidió que fueras a Lahore?

—El imán de mi mezquita.

—¿Y él por qué te dijo que entraras en Pakistán por Lahore?

—Allí hay un hotel para inmigrantes.

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo.

—Describe el aspecto del hotel.

—Era grande.

—¿Cómo de grande exactamente?

—Muy, muy grande.

—Cuando digo exactamente, quiero que lo describas con detalle.

—De acuerdo.

—¿Cómo de grande era exactamente el hotel en el que te alojaste siguiendo instrucciones del imán?

Esperó a que el prisionero hablara. Y siguió esperando, pues Curtis, como interrogador, disponía de todo el tiempo del mundo.

—Muy, muy, muy grande —fue la respuesta.

Este absurdo prosiguió durante horas. El Prisionero n.º 178 decía no recordar el nombre del hotel, los nombres de sus amigos en su Argelia natal, el nombre de su patrona, ni siquiera el nombre del imán de la mezquita. Para Curtis, aquello era increíble. En los recovecos de la mente donde regía la lógica, Curtis sabía que era imposible que tantos presos hubieran olvidado tantas cosas. Lo que desconcertaba a otros interrogadores era la mecánica refutación de lo evidente. Y al estar prohibido castigar a nadie por no cooperar, no podían hacer nada al respecto. Curtis siguió adelante.

—¿Con quién tenías que reunirte en el hotel?

—Con un hombre.

—¿Quién te dijo que te reunieras con él en el hotel?

—El imán.

—¿Cómo se llamaba el hombre?

- No me acuerdo.
- ¿Cómo ibas a reconocerlo?
- No lo sé.
- Descríbelo.
- Era un hombre con barba.

Curtis había pasado más de seis horas con el Prisionero n.º 178. Ambos estaban fatigados y muertos de frío. La noche había sido una pérdida de tiempo. Curtis dio por terminada la sesión, le dijo al guardia que devolviera el preso a las jaulas y se levantó para irse. Mientras recogía sus cosas, advirtió en la mesa un papel con la palabra «dueño» garabateada. La había escrito para sí mismo mientras el Prisionero n.º 178 farfullaba algo. Era un recordatorio para preguntarle quién era el propietario de la casa en que se había alojado en Jalalabad.

El prisionero se había levantado de la silla metálica, y el policía militar ya le había puesto el saco de arpillera sobre los ojos y lo acompañaba a la salida. Curtis, todavía con el papel en la mano, rodeó la mesa, alzó el borde de la capucha y, mucho más alto que él, preguntó:

—¿De quién es la casa de Jalalabad?

—De Al-Jezari —respondió el Prisionero n.º 178 sin vacilar.

Entonces irguió la cabeza con una sacudida que podría haber sido provocada por una descarga eléctrica. Había pronunciado un nombre. Se le había escapado. Había sido un pequeño error, pero para Curtis aquello probaba que en Afganistán era posible romper el código de silencio.

Al otro lado de la calle, las tiendas de *souvenirs* exhibían grandes pósteres de esa famosa escena de la Capilla Sixtina, aquella en la que Dios se inclina y casi toca el dedo de Adán. «A lo mejor Adán y Dios están señalándose mutuamente —pensó Curtis por un instante—, desafiándose uno a otro a asumir la responsabilidad de lo que sólo puede ser una Creación bastante caótica.» Curtis sentía respeto hacia Dios igual que lo sentía hacia un arma cargada, o hacia la mano que la sostenía. «Dios es la única cosa segura que hay», pensaba el ranger del ejército.

De pronto notó una ligera vibración en el bolsillo interior de la chaqueta. Una BlackBerry en versión militar. El sistema de mensajes de texto era un algoritmo flotante conectado al teclado. Imposible para los *hackers*. Pulsó la tecla de mensajes entrantes y luego un código de paso. «Por favor, teclea protocolo de e-mail», se leía en la pantalla. Curtis escribió SERIAL ECO 99. Al cabo de unos instantes, apareció un mensaje: «Akira Shimada, alto comisionado de la ONU, Roma, via Giustiniani, 11h 15m, mañana.»

Simone Casalaro entró en el aula con ímpetu y tapada hasta las orejas. Se sacudió la nieve de las botas y se quitó el abrigo, que al instante dejó doblado sobre el respaldo de una silla. Abrió el maletín con un fuerte clic, sacó sus notas y lo cerró con otro clic. Noventa y cinco pares de ojos observaban todos sus movimientos. La clase de literatura del Renacimiento de la señora Casalaro en la Universidad Cornell de Ithaca, Nueva York, era la preferida del campus, sólo eclipsada por la clase de música folk que daba un intérprete de Nashville, famoso en otro tiempo pero ya retirado. El primer día de clase de la señora Casalaro, los alumnos eran recibidos con una brusquedad fingidamente impetuosa:

—Hoy compraréis el libro de Dante y empezarán a leerlo enseguida. Leed cada palabra. No os saltéis párrafos. En Dante no hay fragmentos aburridos. Apagad la televisión, guardad el iPod, quitaos de encima el reproductor de CD y cualquier otro artefacto estúpido. A Dante hay que paladearlo, saborearlo, masticarlo, diseccionarlo y olerlo. Quiero que lo acariciéis y que sea temporalmente vuestro compañero de juegos.

La sala estalló en aplausos y algunas risitas. Simone era una actriz excepcional, con un estilo extravagante, único, que ninguno de los profesores del campus era capaz de imitar. Sentía pasión por su materia y tenía una habilidad especial para la provocación. Pero, más importante, lograba animar la imaginación de

sus estudiantes, un regalo que ellos conservarían durante el resto de su vida.

—Hace cien años —empezó—, Flaubert, en una carta a su amante, hizo la siguiente observación: «¿Qué erudito lo sería si sólo conociera media docena de libros?» —Hizo una pausa y recorrió la sala con la mirada—. Este trimestre estudiaremos la *Divina Comedia*, que podemos describir simplemente como una alegoría.

»La alegoría de Dante, sin embargo, es más compleja, y analizaremos otros niveles de significado, como el histórico, el moral, el literal y el analógico. De todos modos, no buscaremos el alma de la Italia de la época en la obra de Dante, sino que indagaremos el genio individual. El desarrollo del arte de la descripción a lo largo de los siglos debe ser abordado en función del prodigioso ojo de un genio.

»Dante es este genio, y su ojo, como veremos en la *Divina Comedia* —ralentizó el ritmo—, es un órgano complejo que produce gradualmente las combinaciones de colores para nuestro disfrute, pues al leer, pensar y soñar debéis advertir y acariciar los detalles. Dejemos para otros los trillados clichés, las tendencias populares y los comentarios sociales. —Cruzó la sala a toda prisa hacia la pizarra, donde dibujó frenéticamente el perfil del rostro de Dante—. Cualquier obra de arte es una creación del mundo nuevo. Un gran escritor es siempre un gran hechicero, un creador de fantasías y mundos mágicos. Y, en nuestro caso, Dante es un creador supremo de ficción.

Una chica alta y flacucha de la primera fila levantó la mano.

—Profesora Casalaro, el año pasado me dijeron que se aprende mucho sobre la gente y su cultura leyendo novelas históricas. Si leemos a Dante, ¿conoceremos la Italia de su tiempo?

Simone sintió vergüenza ajena. El profesor Botkin, que había impartido los clásicos del siglo XIX durante los últimos cinco años en la misma aula, tenía fama de dedicar bastante más tiempo a la vida sexual de los autores que a su obra. Los alumnos llamaban a su asignatura «SexLit».

Simone miró a la estudiante y sonrió.

—¿Alguien cree de veras que se puede aprender algo del pa-

sado a partir de *bestsellers* encuadrados en la categoría de novelas históricas? —Desechó la idea con un ademán—. ¿Podemos confiar realmente en el retrato que hace Jane Austen de la Inglaterra de los terratenientes cuando ella sólo conocía el recibidor de un clérigo? Los que busquen hechos sobre la Rusia provincial no los encontrarán en Gogol, quien, por cierto, pasó la mayor parte de su vida en el extranjero. La verdad es que las grandes obras de arte son grandes cuentos de hadas, y este trimestre nos centraremos en uno de los más extraordinarios de todos los tiempos.

—¿Señora Casalaro? —un hombre llamó a Simone, dejando la puerta del aula ligeramente entreabierta—. Lamento molestarla. ¿Podríamos hablar un momento, por favor?

Había algo embarazoso en su conducta. Simone le echó un vistazo rápido, miró el reloj del extremo opuesto del aula y levantó el índice.

—Estaré con usted en dos minutos.

El hombre hizo un breve gesto de asentimiento.

—Esperaré fuera.

—De acuerdo. —Simone sonrió y se estremeció por un instante; sintió que la envolvía un escalofrío. Miró el reloj. Faltaban dos minutos para las dos.

»Aunque los dos grandes acontecimientos por los que el siglo XV supuso un viraje decisivo en la historia, la invención de la imprenta y el descubrimiento del Nuevo Mundo, aún quedaban lejos, aquella fue una época de grandes hombres, de libertad de pensamiento y de expresión, de acciones brillantes y osadas. —Advirtió un movimiento general en el aula—. Antes de iros... —dijo Simone, alzando la voz mientras se acercaba al dibujo de Dante—, recordad que en el estudio de Dante lo que más nos interesa no es el activista político sino el gran artista del Renacimiento, su poderosa imaginación y peculiar visión del mundo.

La chica de la primera fila pareció vacilar mientras volvía a leer el folleto del curso que Simone le había dado al principio de la clase. Un chico pecoso preguntó desde la última fila:

—Profesora Casalaro, ¿cómo puede ser a la vez poema y comedia?

—Me alegra que lo preguntes —dijo Simone—. Dante llamó al poema *Comedia* porque los poemas del mundo antiguo se clasificaban como Altos (*Tragedia*) y Bajos (*Comedia*). Los poemas bajos tenían finales felices y trataban sobre temas cotidianos o vulgares, mientras que los altos se dedicaban a cuestiones más serias. De hecho, el adjetivo «Divina» se añadió mucho después, en 1555, en la edición de Ludovico.

Sonó el timbre y el aire se impregnó del familiar murmullo. Mientras los alumnos iban saliendo en fila, Simone sintió una calidez conocida. «¿Por qué enseñas literatura?», le preguntó una vez su hermano Danny. «Porque me encantan las historias, cariño.»

—Señora Casalaro —la voz del hombre era firme y nasal, pero tranquila—, soy el detective Lyndon Torekull.

Simone tragó saliva. Le entró el pánico. Se estrecharon la mano. La de ella estaba pegajosa y flácida.

—¿Qué ocurre, detective? —preguntó—. ¿Ha pasado algo?

Las manos se le agarrotaron instintivamente mientras miraba al hombre a los ojos, y acto seguido apartó los suyos. El rostro que tenía delante era delgado y arrugado. Se trataba de un hombre recio, que lucía tejanos y un abrigo sobre un grueso jersey rojo de cuello vuelto, y mostraba una sonrisa autoprotectora de disculpa.

Él dudó un instante, se aclaró la garganta y dijo, con voz sombría:

—Señora Casalaro... —Torekull buscaba las palabras adecuadas.

Algo se removió dentro de Simone.

—¿Qué ocurre? —dijo con voz apenas audible.

—Señora Casalaro..., Danny..., quiero decir, hemos encontrado...

Simone se quedó helada. Sin abrir la boca, se sentó en el borde de la mesa.

—Señora Casalaro —continuó el hombre—, esta mañana hemos encontrado el cadáver de su hermano en un motel de Shawnee, Oklahoma. Parece haberse suicidado.

Simone notó una asfixiante tensión en la garganta. Le pareció

que iba a ser aplastada por el peso del mundo. Apartó la mirada de Torekull. Durante unos instantes, sus ojos quedaron fijos en un resplandor extraño que se deslizaba por la mejilla de Dante, pintada en la pizarra.

—Señora Casalaro, nos consta que usted es el único pariente vivo de Danny. —El detective Torekull metió la mano en el bolsillo y le dio a Simone varias fotos escaneadas de un hombre muerto. Simone se obligó a mirar. Se le vino el mundo encima. El hombre de las fotos era su hermano Danny.

Unos días antes, Danny le había dicho que iría a Shawnee a traer en bandeja la cabeza de Octopus.

Las últimas palabras de ella fueron:

—Ten cuidado, por favor, Danny. Todo esto me da mala espina.

Él sonrió.

—Estaré de vuelta en un par de días y comeremos helado, hermanita.

Ella fingió no haberle oído. «Ten cuidado, por favor.» Esas palabras se dicen a menudo, pero en boca de Simone no eran mecánicas. Reflejaban sus sentimientos, su admiración por lo que él hacía, por su resolución: hacer el bien en nombre de aquellos que habían padecido la codicia y la avaricia.

Danny era periodista de investigación, diez años más joven que ella, políticamente incorrecto, idealista e incorruptible. En el transcurso de más de cinco años de investigación sobre lo que Danny llamaba «un conciliábulo de algo más de veinte personas que controlan la mayor parte de la riqueza del mundo», se había granjeado enemigos para más de una vida. Había sido amenazado, obligado a salirse de la carretera y tiroteado varias veces. El año anterior, su coche fue registrado por oficiales del Departamento del Sheriff de Tennessee, supuestamente en busca de drogas. Ese mismo verano pasó tres semanas en el hospital tras ser golpeado con una palanca por un presunto ladrón. Nunca encontraron al agresor. Sólo quedaron las secuelas de su trabajo: una cicatriz de diez centímetros en la parte posterior del cuello. Pero Danny seguía imperturbable.

Simone sostenía con ambas manos una fotografía, por miedo a

que se le cayera, como si fuera algo frágil y muy valioso. Hizo un esfuerzo por concentrarse y mirar. ¿Era posible que se tratase de un error cruel? Ese hombre desnudo ¿podía parecerse a Danny? Por un momento creyó que iba a vomitar. Tragó saliva con dificultad. Luego miró fijamente la foto. Danny tenía las venas cortadas, se veía una botella de alcohol sobre una gastada alfombra de baño. Miró al detective, suplicándole respuestas con los ojos.

—Esta fotografía ha sido tomada hace menos de dos horas —dijo él—. En la habitación del motel.

Mientras Simone miraba el cuerpo sin vida, su conmoción y repugnancia iniciales dieron paso a un súbito ataque de ira.

—¿Quién le ha hecho esto?

—Señora Casalaro —dijo el detective Torekull—, nuestros informes preliminares sugieren que él mismo se infligió las heridas. Lo siento mucho.

Ella devolvió las fotografías al detective, que permaneció de pie.

—Dios mío... —murmuró Simone—. ¿Por qué?

«Ten cuidado», gritó Simone a su espalda. Aquélla fue la última imagen que tuvo de Danny: con zapatillas y sin calcetines, saliendo por la puerta a toda prisa. Su «estaré de vuelta en un par de días» se perdió en el fuerte silbido del viento. Se cerró la puerta. Simone oía a Danny bajar las escaleras saltando los peldaños de tres en tres. «Nos vemos en un par de días.» Simone lo observó cruzar la calle, por el asfalto negro, sobre los neumáticos de camión apoyados en la baranda junto a la tienda de accesorios para bicicletas, el color verde de un pub irlandés..., todo aquello desfiló ante ella por centésima vez.

«No te preocupes, todo le irá bien, como siempre», intentó decirse a sí misma. Pero esta vez no fue así. Había algo que fallaba. Acaso fuera intuición femenina. Se volvió y corrió a la puerta. «No, Simone, te estás volviendo paranoica.» Fue al cuarto de baño y se echó agua en la cara. De repente notó que se le doblaban las rodillas. Se agarró al lavabo. Luego se miró al espejo. El vértigo se apoderó de ella. Lo que veía en esa mujer que la mira-

ba eran las mismas emociones que llenaban su subconsciente: el miedo. No, esta vez era algo que iba más allá del miedo. Era terror. Dio una bocanada y respiró unos momentos de forma entrecortada. «Danny, ten cuidado, por favor», susurró entonces.

Torekull seguía de pie, y al estar erguido parecía más bajo. Los asustados ojos de Simone lo veían suspendido entre el mundo de ella y el de Danny. La voz de Torekull continuaba llenándole la cabeza y embotándole los sentidos.

Había dicho: «Señora Casalaro, esta mañana hemos encontrado el cadáver de su hermano en un motel de Shawnsee, Oklahoma... En un motel de Shawnsee, Oklahoma... Shawnsee, Oklahoma.» Simone intentó cambiar de posición, sin saber si quedarse de pie o sentarse. La voz de Torekull estaba en todas partes. Se llevó las manos a la espalda, y las mantuvo apretadas.

—Él es todo lo que tengo... He estado esperando que viniera a casa con un helado —dijo con un hilo de voz.

Torekull se aclaró la garganta con escasa elegancia.

—Señora Casalaro, ¿le dijo Danny por qué iba a Shawnsee?

—No sé. Vamos, no me acuerdo. —Se le crispó la cara. Torekull frunció el ceño. Ella intentó contener las lágrimas—. No es verdad. Era un caso de corrupción a alto nivel. —Se apartó las manos de la cara y las deslizó hasta las rodillas, que agarró con firmeza.

Rebobinó la mente hasta tres semanas antes. Nunca había visto a Danny tan serio: «Simone, la mitad del Departamento de Policía de Nueva York está podrida. Aceptan sobornos. Si me pasa algo, no confíes en ellos, a menos que estés totalmente segura, claro.»

La asustó el temblor en la voz de Danny, que advirtió la expresión de miedo en la cara de su hermana. Una arruga alrededor de la boca.

Él comprendió. «No te preocupes. Sólo son unos corruptos. Cuento allí con un par de contactos, pero no tienen modo de desenmascarar la corrupción sin comprometer docenas de bazas en operaciones paralelas.»

Torekull esperó y luego consultó la hora.

—En la habitación de su hermano encontramos una nota manuscrita. —Introdujo de nuevo la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un duplicado de lo que la policía había hallado en Shawnsee. Simone fijó la mirada en las tres líneas impresas.

SIMONE, LO SIENTO, PERO YA NO PUEDO SEGUIR. SIEMPRE HE INTENTADO HACER LO CORRECTO. POR FAVOR, INTENTA PERDONARME. DANNY.

—¿Quién le hizo esto? —preguntó, mirándolo con expresión de dolor—. Danny no se mató. —Su voz era fría como el hielo. Torekull vaciló—. Ésta no es su letra.

Torekull la observó. Simone estaba tensa y tenía los ojos muy abiertos. Él desplazó el peso del cuerpo y luego habló, escogiendo las palabras con cuidado:

—Señora Casalaro, una de las últimas llamadas telefónicas que hemos podido localizar la hizo a Langley. —Hizo una pausa—. El cuartel general de la CIA.

—Se ve que usted tiene todas las respuestas, detective. ¿Por qué no llama y pregunta a esas personas? Sería automático. —Miró desafiante a Torekull.

—Señora Casalaro, teniendo en cuenta el complejo de plataformas del gobierno de Estados Unidos, nada es automático. —Torekull se sentó en un taburete de acero pulido y volvió a estudiar la cara de Simone. Lo intentó de otro modo—: Si, como usted dice, su hermano fue asesinado, necesitaremos su ayuda. —Hizo una pausa—. Porque si es así, estamos hablando de asesinos profesionales, lo que significa que su vida también corre peligro.

Simone apenas le oyó.

—Gracias, detective. Lo tendré presente.

—Señora Casalaro, necesitamos de usted una declaración firmada. ¿Le importaría acompañarme?

Los ojos de Simone seguían clavados en la última imagen de Danny: con zapatillas y sin calcetines, saliendo por la puerta a toda prisa. Asintió, con un escalofrío, mientras alzaba la vista hacia Torekull.

Tres hombres (un europeo con acento australiano, un jordano y su guardaespaldas palestino) estaban de pie alrededor de una mesa situada en el centro de una pequeña habitación privada con ventanas de vidrio esmerilado, charlando con desgana. De pronto, se abrió la puerta y entró un diminuto director de banco, seguido de dos fornidos guardias de seguridad que dejaron dos baúles de madera frente a los cuatro hombres. Los baúles estaban cerrados con candado. Cuando introdujeron el segundo, el director dijo, como para que constara en acta:

—No sabemos lo que hay en estos baúles, ni queremos saberlo.

El hombrecillo asintió con la cabeza y se fue. La puerta se cerró tras ellos con un ruido sordo. Por un momento, los tres hombres se quedaron en silencio, escuchando los pasos que se alejaban.

—Según parece, han conseguido el permiso, ¿no, Hassan? —dijo el europeo.

El hombre era alto, con una cabeza poblada de pelo canoso largo y suelto, peinado estratégicamente de izquierda a derecha, a través de la alta frente, para disimular las entradas. Las orejas planas pegadas a una cabeza grande y un mentón muy pronunciado estaban en agudo contraste con una prominente nariz ligeramente ganchuda, aunque muy inglesa, que daba a su aspecto un aire picassiano. El jordano sacó en silencio un juego de llaves

y abrió los baúles. Estaban llenos de láminas de cartón perfectamente encajadas. Y en cada lámina, observó horrorizado el europeo, había centenares de papiros pegados al cartón mediante pequeñas tiras de cinta adhesiva transparente. Los textos estaban escritos en arameo y hebreo. Los acompañaban envolturas de momia egipcia con inscripciones en demótico, la forma escrita de los jeroglíficos.

El europeo sabía que estas envolturas solían contener textos sagrados. Dedujo que los dueños de ese tesoro habían desenvuelto, como mínimo, una o dos momias.

—El precio es tres millones de libras esterlinas, Michael —dijo el jordano con voz ronca, delatando su acento—. Si puedes encontrar un comprador, mi jefe te dará una comisión del diez por ciento.

De pronto, Michael oyó un leve ruido, seguido de dos breves pitidos, lo que indicaba la recepción de un mensaje de texto. Llevó la mano al bolsillo, pero luego cambió de idea.

—¿Puedo? —Sin tocar el cartón, Michael examinó uno de los textos—. Esta colección es un verdadero hallazgo. Los textos hablan del misterioso árbol sagrado atendido por sacerdotes extrañamente ataviados, todos ellos portadores de un cubo de agua en una mano y una piña en la otra. —El jordano miró al experto y se encogió de hombros. El otro continuó—: Hassan, estas imágenes nunca aparecieron reflejadas en las tablillas de arcilla en las que se inscribían los escritos antiguos. Por eso han sido un enigma durante tanto tiempo. Ahora hemos encontrado el eslabón histórico que faltaba. —Los ojos de Michael brillaban de excitación.

—No sé de qué estás hablando —dijo el corpulento jordano.

—Del Árbol de la Vida —señaló Michael Asbury, claramente entusiasmado—, la espina dorsal de la misteriosa práctica judía conocida como Cábala. En beneficio de la ciencia, creo que deberíamos informar a algunos especialistas. Temo que, sin un comprador, estos documentos desaparezcan en los recovecos más ocultos del banco, uniéndose a otros muchos documentos históricos valiosísimos, guardados bajo llave en cámaras acorazadas y cajas de seguridad.

El jordano no respondió. Absorto en sus pensamientos, se acarició el grueso bigote, gesto común a todos los hombres árabes.

—Haré una llamada en tu nombre, Michael. —El jordano sacó un pesado móvil, modelo antiguo, y pulsó varios botones. El hombre a quien el jordano llamaba Michael pegó los ojos a la pantallita: «+962 4.»

«Está llamando a Jerash», pensó Michael. Jerash, una antigua ciudad situada a menos de una hora al norte de Amman, capital de Jordania, era una de las ciudades romanas mejor conservadas del mundo. De la breve conversación en árabe que siguió a continuación, Michael dedujo que Hassan estaba transmitiendo la petición al otro extremo de la línea. De repente, éste pasó al inglés.

—Michael Asbury es uno de los historiadores de la religión más importantes de la actualidad, y un destacado experto en códigos y textos coptos. —Hassan escuchó atentamente las instrucciones del hombre—. Entiendo —dijo finalmente en inglés antes de colgar—. Michael, mi jefe, que representa a un cliente influyente, quiere que tomes una buena selección de fotografías que pueda enseñar a posibles compradores.

—¡No faltaba más! —dijo Michael, salivando ante la idea de que uno de los mayores enigmas de la historia estuviera a su disposición—. ¿Qué tal si...?

El jordano sacudió la cabeza y miró a Michael.

—Pero con una condición. No puedes hablar de esta colección con nadie más, ¿de acuerdo?

Se oyó otro ruido, seguido de dos pitidos cortos. Michael arrugó la frente.

—Lo siento, está claro que alguien quiere hablar conmigo. —Llevó la mano al bolsillo superior y encendió el móvil.

«Tienes dos mensajes», decía el texto. Michael abrió la bandeja de entrada y pulsó el botón. En la pantalla apareció un nombre conocido. «¿Simone?, qué raro...» Abrió el mensaje y leyó.

La perplejidad y la tristeza en la cara de Michael avisaron al jordano de que algo andaba mal.

—¿Michael? Pareces trastornado.

Movió la cabeza mansamente.

—Disculpadme, por favor —balbuceó—. Debo hacer una llamada. Tendré que ir a Nueva York a primera hora de la mañana. —Miró al jordano—. Volveré enseguida. —Consultó el reloj. Las nueve veintitrés. El jordano pulsó un botón de la pared para llamar al director.

Al cabo de unos minutos, Michael marcó el número de la operadora, que le pasó con British Airways. Cinco minutos más tarde, tenía una reserva para el vuelo de las siete y media de la mañana con destino Nueva York.

Michael Asbury miró a lo lejos. Frente a él se alzaba la silueta de Londres, respirando en la oscuridad. Caía la noche. Dentro de poco cubriría la ciudad con una neblina limpiadora. Simone Casarolo... Algo se tensó en su interior, y notó una emoción fundida y peligrosa, que se desbordaba, borboteaba, engatusaba, intentaba salir. Ahora la vio tan nítidamente como la última vez que habían estado juntos. Su cuello blanco, brillante, a través del largo pelo oscuro. Temeroso de que las imágenes se disolvieran en la nada, la evocó embelesado una y otra vez, hasta dibujarse en su rostro la mueca de un espasmo prematuro. Ladeó la cabeza. ¿Se trataba de amor, lealtad, admiración o devoción? Simone era única en su círculo de amigos. Mujer de muchas vocaciones poco definidas, había escogido una de ellas al azar, cuando pudo haber sido pintora, una maravillosa actriz de teatro o malabarista. Él siempre la consideró una belleza natural, con esos ojos muy separados y esa singular línea de los labios en que parecía estar ya inscrita la geometría de la sonrisa.

Ahora había muerto su hermano y necesitaba ayuda. Aunque yendo en su ayuda no cambiaría nada, sí podía reducir las posibilidades en su contra. «Y entonces...», pensó. Tuvo otro recuerdo fugaz e inoportuno. La idea rondó por su cabeza como la niebla matutina. Ahora no podía considerarla. Debería esperar. Notó el asfixiante vacío que siempre acompañó a su separación. De todos modos, era imposible negarlo. En ese vacío algo estaba creciendo.

Ya era tarde cuando Simone salió de la comisaría y se dirigió a pie hacia la estación de tren más cercana. A su derecha oyó el estruendo de un tren que surgía de un túnel, aproximándose. En el andén, el viento obligó a los pasajeros a juntarse.

«¿Te imaginas que el infierno fuera un invento de la teología católica?»

El recuerdo sobresaltó a Simone. Miró a la derecha. A unos cinco metros había una atractiva pareja, con idénticas levitas retorciéndose en el viento. El tren había reducido la marcha, frenando al tiempo que serpenteaba por una empinada pendiente antes de detenerse y soltar un belicoso suspiro de alivio. Simone subió como si estuviera en trance.

—¿Te acuerdas? —dijo Danny.

—Me acuerdo —respondió ella.

—¿Éste es el final del mapa? —preguntó él.

—Los mapas no tienen finales. Tienen niveles de ampliación. Él lo pensó un momento.

—Simone... —Danny le tiró de la manga—. ¿Cómo dibujarías el infierno? —Movi6 los lápices de un lado a otro, cada vez más deprisa.

—Así. —Ella señaló la forma imaginaria que el lápiz de Danny dibujaba en el aire—. El infierno es un abismo cónico que va

desde la superficie de la tierra hasta el mismo centro, donde Satán y los traidores están aplastados en un estancamiento helado.

La primera espiral terminaba en un punto. Danny la miró detenidamente. Por fin, sacó un portaminas de plata.

—Limbo... —susurró, y un suspiro plateado perfiló todo el abismo.

Simone, perpleja, apartó el rostro y se encaminó hacia el pasillo. Tropezó con la puerta del vagón siguiente cuando el tren frenó en lo que sería un tramo de vía muy empinado.

—¿Me permite? —le dijo a una anciana con un vestido blanco a cuadros, señalando un libro que, con el lomo para arriba, yacía en un asiento vacío.

—Sí, claro —contestó la mujer con complacencia involuntaria, parpadeando y colocándose el libro en el regazo. Simone se sentó y le lanzó una mirada tímida y distraída.

¿Quién le haría eso? Shawnsee... El cuerpo sin vida de Danny repantigado en una bañera y con las venas cortadas. «Fue un suicidio, señora Casalaro. ¿Tiene alguna idea de por qué Danny quería ir a Shawnsee? ¿Sabe qué estaba investigando?» La voz uniforme de Torekull sonaba hueca, desvaneciéndose como una bocanada de humo, su almidonada pechera hinchándose como una joroba blancuzca. Simone volvió su pálido rostro a la ventana. Ahora podía oír las voces. No, no se hablaba mucho. Fragmentos de frases rompían el silencio en breves estallidos, como si vinieran de lejos y luego estuvieran cerca.

—Simone, si alguna vez me ocurre algo, quiero que hagas algo por mí.

La voz de Danny la sobresaltó.

—¿De qué hablas?

—¿Lo harás por mí?

—¿Hacer qué? ¿Por qué te pones tan misterioso? Me estás asustando.

—He guardado algunos documentos privados. —Hizo una

pausa—. Ya sabes, para que estén en lugar seguro. Por si...
—Volvió a interrumpirse, mordiéndose el labio inferior.

—¿Por si qué?

—Por si me sucede algo. —Le dirigió una sonrisa amable pero cautelosa.

—¿Qué estás diciendo?

—Escucha, Simone, es sólo una medida preventiva, nada más.

—Bueno, pues dime de qué se trata.

—Lo sabrás cuando llegue el momento.

Nunca había visto a Danny asustado, pero aquel día lo estaba. Simone le había suplicado que se lo contara para así poder ayudarlo, o al menos convencerlo de que se alejara del peligro.

Ahora se inclinó hacia delante. Los vagones rechinaban contra la vía con más fuerza, como si empujaran plomo. El tren se detuvo. Simone no sabía cuánto rato llevaban parados cuando sonó su móvil. Se habría quedado adormilada. Lo sacó del bolso y lo pegó a la oreja. Era un mensaje de Michael. Se hallaba en el área de embarque de Heathrow y aterrizaría en el JFK al mediodía. ¿Podía pasar a recogerlo?

Era ya última hora de la tarde de un largo día en Nueva York, pero en Londres iban cinco horas adelantados. Simone miró el reloj. Pasaban treinta y cuatro minutos de la medianoche. Mientras subía la escalera de su bloque, un hombre enclenque con un caniche, de piel aceitunada y canas en las sienes, sentado en un banco cercano, se levantó y, con discreción y sorprendente soltura, metió la mano en el bolsillo y llevó el dedo al botón de una cámara oculta. Se alejó tranquilamente y ocupó un puesto de observación al otro lado de la calle. Llevaba auriculares y movía la cabeza como si siguiera el ritmo de la música. Pocas personas se habrían dado cuenta de que la emisión que estaba escuchando era todo menos música.

Tras pulsar el botón del transmisor, dijo:

—Eureka Uno. —El tono de su voz era pausado.

—¿Cuál es tu informe? —La voz metálica chisporroteó a través de los auriculares.

—Sujeto a la vista y a solas —dijo el hombre.

Mientras forcejeaba para contener las lágrimas, Simone buscó las llaves y abrió la puerta del edificio. El apartamento de Danny tenía el acceso prohibido, al menos hasta que la policía concluyera las pesquisas. Y ella tenía demasiadas cosas en la cabeza para advertir que otras tres personas estaban observando sus movimientos. Una era un joven con grandes patillas, vaqueros y el pelo largo. Las otras dos parecían una pareja de viejos vagabundos. Tampoco se fijó en una mujer anodina de mediana edad, con una gran melena rubia y sucia debajo de un sombrero de borde ancho y un impermeable, que salía del ascensor cuando ella subía. La mujer abrió el bolso, sacó la polvera y revisó su maquillaje, inclinando el espejito primero a la izquierda y luego a la derecha. Satisfecha, guardó la polvera, cerró el bolso y salió del edificio; giró a la izquierda en la primera esquina, cruzó la calle y subió a una limusina que la esperaba.

—Sí. —El hombre sentado en el asiento de atrás respondió a su sonrisa.

—*Merci*, Mylene.

El Comité Contra la Tortura (CAT) es el conjunto de expertos independientes que controlan la puesta en práctica de la Convención contra la tortura y otros tratos o castigos crueles, inhumanos o degradantes. Todo esto se explica con detalle en un Protocolo opcional de la Convención, que fue aprobado el 18 de diciembre de 2002, en la 57.^a sesión de la Asamblea General de Naciones Unidas.

Un Subcomité de diez miembros sobre Prevención de la tortura (SPT) es el encargado de redactar los informes para el alto comisionado. Las observaciones del SPT son confidenciales. Uno de esos informes, calificado como «Secreto» y «Sólo para tus ojos», fue entregado en mano en la Oficina del alto comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OHCHR) a principios de enero de este año. El alto comisionado para los Derechos Humanos es el principal funcionario de la ONU en la materia.

Su oficina está en Ginebra, Suiza, y tiene su sede en el histórico Palais Wilson, junto al lago Léman. Cuando Suiza se incorporó a la recién creada Liga de las Naciones en 1920, el edificio se convirtió en el cuartel general del organismo. En 1924, el lugar adoptó el nombre de Palais Wilson tras la muerte del presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson, que había desempeñado un papel decisivo para sentar las bases del futuro gobierno mundial, creando la Liga de las Naciones durante la Conferencia de Paz de París de 1919.

El alto comisionado de la ONU para los Derechos Humanos era Louise Arbour, antigua magistrada del Tribunal Supremo de Canadá, que en los medios de comunicación era más conocida por haber sido fiscal principal en los juicios por el genocidio de Ruanda y por abusos de los derechos humanos en Yugoslavia en la década de 1990.

—Perdón por la interrupción. —La voz llegó antes de que la puerta estuviera abierta del todo—. ¿Puedo?

—Buenos días. Sí, por favor, entre. Me encanta la vista del lago por la mañana. —La alta comisionada se reclinó en la silla, sonriendo para sus adentros.

Frej Fenniche era funcionario superior de Derechos Humanos, y el responsable del HCM, material muy confidencial. Tenía en las manos un sobre azul oscuro.

—Louise, creo que debería ver esto. —Hizo una pausa, sin saber muy bien cómo seguir.

Louise Arbour se incorporó frente a él. La sonrisa desapareció de su cara al instante. Rompió el sello de seguridad, se puso las gafas y leyó rápidamente el informe. «Potencial peligro para la seguridad del último testigo de los experimentos en los campos de exterminio japoneses.» — «Activadas medidas de seguridad.» — «Testigo trasladado a Roma.» — «La Interpol se encarga de la protección del testigo.»

Era como mínimo preocupante que dieciséis de diecisiete testigos japoneses dispuestos a declarar, ante el alto comisionado, sobre los experimentos atroces con prisioneros en campos de concentración japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, hubieran muerto recientemente uno tras otro (aunque, como es lógico, eran de edad avanzada). Volvió a leer el informe. El último párrafo le crispó los nervios.

«XD Prioridad Máxima Etiqueta Roja», pensó. Importantísimo. La Interpol tenía archivos especiales con etiquetas de diferentes colores. Las rojas tenían prioridad absoluta. Significaban que se estaban llevando a cabo investigaciones sobre «Objetivos de alto valor», individuos que la Interpol quería detener de inmediato. En este informe, sin embargo, no se nombraba el Objetivo, el HVT.

La alta comisionada reflexionó, no por primera vez, sobre la naturaleza de la Interpol, la mayor organización policial del mundo, cuya misión, al menos en teoría, es combatir el crimen internacional. Poca gente sabe que la Interpol, creada por la Casa de Rothschild en Viena en 1923, surgió pensando en la Primera Guerra Mundial. Esa familia creyó necesaria una organización especial de inteligencia que velara por los intereses de los banqueros, que habían financiado a ambos bandos. Para no levantar sospechas, pidieron al príncipe Alberto de Mónaco que invitara a abogados, jueces y oficiales de policía de varios países para que analizaran la cooperación internacional contra la delincuencia.

En la actualidad, se recordaba Louise a sí misma, la Interpol está provista de agentes del MI6, el MI5, la CIA, el Mossad, el FSB ruso y la Agencia de Policía Nacional de Japón, por nombrar sólo algunas de las organizaciones más conocidas. En teoría, todas trabajan juntas con un objetivo común: garantizar la paz y luchar contra el crimen internacional. En la práctica, cada país tiene sus propios intereses y, a veces, tienen prioridad sobre los demás.

Louise Arbour leyó el último párrafo por tercera vez.

SEGÚN SEÑALES VAGAS Y CONTRADICTORIAS, HAY UN PELIGRO GRAVE PARA LA SEGURIDAD. SE REQUIEREN MEDIDAS ADICIONALES.

—Frej, a este hombre no debe pasarle nada. ¿Entendido? —Se reclinó en la silla, pensando—. ¿Quién más sabe que el testigo ha sido trasladado a Roma?

—Sólo nosotros, el gobierno de Estados Unidos y la Interpol. —Frej Fenniche era un hombre alto y delgado, con rasgos aquilinos, y un pelo rubio meticulosamente arreglado y cortado a la moda. Su inglés, con entonación suiza, era refinado.

Como antigua magistrada del Tribunal Supremo y fiscal principal en los juicios por el genocidio de Ruanda y los abusos contra los derechos humanos en Yugoslavia, Arbour estaba muy familiarizada con el *establishment* internacional de los servicios de inteligencia. En sus investigaciones era muy minuciosa, y la a

menudo incomprensible sopa de letras de relaciones entrelazadas en los organismos estadounidenses, canadienses e internacionales, siempre la frustraba. Le recordaba hasta qué punto las organizaciones de inteligencia carecían de supervisión. Era un problema eterno. Cada división militar (el ejército, la marina, la fuerza aérea y el cuerpo de marines) tenía sus propias unidades internas de inteligencia, «los caciques secretos del poder norteamericano», como dijo un periodista. Esto iba desde lo inocuamente disparatado hasta lo insufriblemente absurdo, desde lo insensatamente peligroso hasta lo ridículamente inútil. El Ministerio de Justicia de Estados Unidos no escatimaba recursos para la Oficina Central Nacional de Interpol-Estados Unidos, que a su vez competía por fondos con el FBI, también bajo la atenta mirada de la DEA, la Organización de lucha contra el contrabando y consumo de drogas. El Ministerio de Hacienda poseía su propia e inmensa infraestructura con la Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, mientras que el Ministerio de Defensa gastaba sus recursos en la Agencia de Inteligencia Militar. El Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca conservaba un conjunto aparte de analistas clave. Ubicada en Fort Meady, era la mayor organización de inteligencia de Estados Unidos, dedicada sobre todo a la información sobre señales. Además, la Oficina de Inteligencia Naval trabajaba estrechamente con el FBI y el CSIC de Canadá, integrado por casi trescientos ochenta organismos repartidos entre Canadá y Estados Unidos, cuyo objetivo principal era facilitar la producción y el intercambio de información sobre asuntos criminales. Las discrepancias y la no rendición de cuentas lo dejaban a uno atónito: cualquier desacuerdo podía suponer un peligro para la seguridad y un fallo catastrófico. Una cosa era saber quién le estaba haciendo qué a quién en los rincones más oscuros de Iraq o África. Otra muy distinta, el peligro para la seguridad que amenazaba con socavar la operación más importante de la Comisión en el área de los Crímenes contra la Humanidad.

—Frej, el hecho de que dieciséis de diecisiete testigos dispuestos a presentarse tras más de sesenta años de silencio hayan muerto recientemente es una improbabilidad estadística. —Le

brillaban los ojos de cólera. Tras unos instantes, extendió la mano y pulsó un botón del teléfono—. Jocelyn, por favor, consígueme un billete para el próximo vuelo a Roma.

Su expresión se endureció. Esto no formaba parte del mundo ordenado y razonable de Louise Arbour; su mente precisa y analítica estaba siendo provocada. Su razonamiento se volvió implacable.

—Cada uno de los testigos clave venía con un código de seguridad de doce dígitos. Sus identidades nunca fueron reveladas, ¿es así? —Frej asintió con ademán grave y en silencio—. Por precaución, la información sobre los testigos está compartimentada y separada de los archivos de seguridad, ¿verdad? —No estaba tanto preguntando como afirmando. Frej inclinó la cabeza—. O los chicos de la Interpol son incompetentes o tenemos un topo, aquí o en el nivel superior del gobierno de Estados Unidos, en cuyo caso está en peligro la operación en curso.

—Louise, si nuestra organización está en peligro, le aseguro que debe de ser a un nivel muy alto.

La alta comisionada miró con expectación a su funcionario superior de Derechos Humanos. No conocía a nadie tan familiarizado con la lenta y pesada burocracia de Naciones Unidas.

—En la Interpol, los sistemas principales no están bien coordinados debido a incompatibilidades de plataforma con los sistemas colaboradores. —Frej repasó dos docenas de categorías de seguridad y sus sistemas afines como un camarero que recita los platos del día—. La CIA y el CSIC utilizan software Management Information del fiscal, que viene con el código OCLC numerado 5882076.

»Los ministerios de Justicia y Hacienda usan tecnología Omtool. —Frej vio que el rostro de Louise se partía en una sonrisa burlona.

A ella le encantaba la eficiencia, y, de las personas que había conocido, Frej Fenniche era quien estaba más cerca de la perfección burocrática. Frej siguió hablando.

—Los sistemas heterogéneos basados en la ejecución sufren diversas limitaciones: están sometidos a un espacio de estado insolublemente grande para escenarios más complejos, y no pue-

den tener en cuenta algunos parámetros, como el aumento de fiabilidad de componentes individuales, las dependencias entre componentes, etcétera.

—Y eso significa...

—Significa que, por alguna razón, el propio sistema se ve en peligro a causa de un sistema inhabilitante que anula todos los aspectos de su seguridad.

—Entonces, Frej, ¿qué le dice su instinto?

—La Interpol está captando señales no específicas, aunque persistentes, sobre algún tipo de actividad extraoficial en la que está implicada una entidad desconocida.

Louise Arbour asintió fríamente.

—¿Cuándo anunció el Comité Contra la Tortura los avances en sus investigaciones sobre crímenes contra la humanidad, en los campos de concentración japoneses durante la Segunda Guerra Mundial?

—Hace menos de cuatro meses.

Ella encendió un cigarrillo.

—¿Me está diciendo que las dieciséis personas citadas y dispuestas a testificar sobre abusos, torturas y crímenes contra la humanidad, que implicarían a gobiernos occidentales en connivencia con el Ejército Imperial japonés, han muerto por causas naturales?

Frej sabía que su jefa no quería una respuesta. Louise Arbour detestaba las anomalías, y esto, aparte de ser una anomalía exasperante, era algo peor: una traición.

El sol había ascendido hasta el punto medio de los árboles circundantes y entraba a chorros por las ventanas. Louise Arbour no necesitaba ningún estímulo para hacer su trabajo. Se puso en pie. El humo del cigarrillo subió y describió una espiral por encima de la mesa. La alta comisionada de la ONU parecía haberle echado el anzuelo a algo.

—Ahí fuera alguien está acelerando todo esto hacia su premeditada e insondable conclusión. Este alguien puede ser uno de los nuestros. —Le dio un escalofrío—. Me voy a Roma, Frej.

Novodevichy, tres años antes

El cementerio secular también conocido como «Convento de las nuevas doncellas» es el más venerado de Moscú. Fue fundado por Basilio III en 1524 para conmemorar la reconquista de Smolensk a los lituanos en 1514.

Ahora es la última morada de algunos de los más célebres escritores y poetas de Rusia. Chéjov fue uno de los primeros en ser enterrado aquí, en 1904, y no mucho después fueron inhumados los restos de Gogol, tras ser trasladados desde el monasterio Danilov. La tumba de Gogol está vinculada simbólicamente a la de otro famoso escritor, Bulgákov, autor de *El maestro y Margarita*.

Una de las ironías del cementerio es que las víctimas del régimen soviético (perseguidas, encarceladas, exiliadas o enviadas a campos de internamiento a trabajar para investigadores y científicos) están enterradas al lado de los verdugos del Estado. Así, el cementerio alberga a Grigori Nikulin y Mikhail Medvedev, miembros del NKVD que participaron en el asesinato del último zar ruso Nicolás II y su familia en Ekaterimburgo. En el Novodevichy también yacen los restos de otros muchos rusos destacados: los decembristas Matvei Muravyov y Sergei Trubetskoi, los compositores Sergei Prokofiev y Dmitri Shostakovich, o el cantante y actor Fyodor Chaliapin, uno de los más grandes bajos rusos que actuara en los teatros de ópera occidentales.

Como todo lo ruso, el cementerio es inmenso (más de sesenta hectáreas) y está mal organizado. Las tumbas de rusos famosos indicadas en el mapa con un número rojo no corresponden a los lugares reales.

Michael Asbury soltó un suspiro mientras se acercaba a una mujer de mármol blanco encerrada en cristal. Miró el mapa con desaliento. «Dejad toda esperanza vosotros que entráis», murmuró para sí. A unos metros, una mujer de constitución delgada, con pestañas largas y negras y una sonrisa forzada, se volvió.

—Dante —dijo ella, esbozando la sonrisa más radiante que Michael había visto en su vida.

—Encantado de conocerla, Dante. —Él extendió la mano—. Yo soy Michael.

—No, Dios, qué gracia... —Ella sofocó una risita—. Me llamo Simone, no Dante. Me refería a lo que ha dicho usted cuando se ha acercado al monumento. —Había en ella un aire exuberante, infantil. Se quedaron en silencio un momento.

—Es bastante confuso, ¿no?

—¿El qué? —dijo Michael.

—El mapa. Es poco claro. —Ella lo miró burlona, estudiando sus rasgos.

Michael percibió en el comportamiento de ella una curiosidad natural por la vida, y le devolvió la sonrisa.

—¿Es usted norteamericana?

—Sí. Y usted, ¿es británico?

—No, de hecho soy australiano, pero vivo en Londres. —Hizo una pausa—. Bueno, en realidad no es que viva en Londres, a menos que se considere vivir en un sitio estar allí tres días al mes. —Ella volvió a reprimir una risita. Y sonrió de nuevo. Él dijo—: Tengo una idea. ¿Por qué no volvemos a empezar?

—Vaya, qué divertido... —dijo Simone—. Dos adultos, ambos cohibidos, de pie frente a la tumba de la ex esposa de Stalin. ¿Puede haber algo más divertido? Mire. —Señaló un busto de mármol blanco italiano que tenía delante—. Éste es uno de los monumentos más evocadores del cementerio. Nadezhda Alliluyeva fue la segunda esposa de Stalin. —Se quedó en silencio uno

o dos segundos, contemplando algo—. En ruso Nadezhda significa «esperanza».

Michael acarició la base del monumento finamente labrado.

—Me sorprende lo bien conservada que está.

—Es una copia —dijo Simone.

—¿Qué?

—El original está en la galería Tretyakov.

—Claro —dijo él—. El mármol resiste mal los efectos de la intemperie. De lo contrario, no habría durado tanto.

—La muerte de Nadezhda Alliluyeva sigue siendo un misterio. Unos dicen que se suicidó. Otros, que fue asesinada por orden de su marido. Según la leyenda, Stalin venía de noche y se sentaba aquí a llorar por su amada Nadezhda. —Sonrió otra vez—. Supongo que nuestra vida está determinada tanto por los que nos dejan como por los que se quedan. Mi ex novio solía decir que la esperanza y la desesperanza persisten pese a los hechos. —Pensó en ello por un instante—. De acuerdo, en aquel momento estaba colocado. —Se le acercó y se situó frente a él—. Soy Simone Casalaro. Doy clases de literatura italiana del Renacimiento.

—Es un placer conocerla, Simone. Me llamo Michael Asbury y soy historiador de la religión.

Ella le tendió su pequeña mano. Él la tomó. La notó cálida y suave.

Durante las tres horas siguientes vagaron por los senderos y rincones de Novodevichy, subiendo y bajando por el césped empapado, los caminos adoquinados, el asfalto perfectamente pavimentado, las veredas. Ella le habló de su amor por la literatura italiana y la cultura rusa, de su hermano Danny, sus padres, sus viajes más exóticos. Él le habló de su búsqueda del Evangelio de Judas Iscariote, perdido hacía mucho tiempo, de los descubrimientos que había hecho acerca de Jesucristo y María Magdalena.

En algunos silencios hubo intentos vacilantes de afecto, pero también algo más. Para Michael era impensable, pues se acababan de conocer. Y, sin embargo, ahí estaba, acariciando y suplicando que lo soltaran. Siguieron charlando y paseando, las miradas cada vez más largas. Era impensable, pero ahí estaba.

Llegaron a una arcada semicerrada, una cúpula redonda sobre un enorme pórtico. Era un columbario en miniatura, erigido para albergar urnas cinerarias. Simone consultó el mapa.

—Aquí está enterrada Anna Pavlova, sin duda una de las grandes bailarinas del siglo XX. Sus cenizas llegaron casi setenta años después de su muerte. —Miró a Michael—. En 1931 contrajo pleuresía. Los médicos podrían haberle salvado la vida con una intervención que le habría dañado las costillas y dejado incapaz de actuar. Pavlova prefirió morir a dejar la danza.

»Antes de morir, se dice que abrió los ojos, alzó la mano y pronunció estas últimas palabras: “Tened a punto mi vestido de cisne.” Unos días más tarde, en el teatro donde habría bailado *El cisne*, se atenuaron las luces, se levantó el telón, y mientras la orquesta tocaba la conocida partitura de Saint-Saëns, un foco se desplazó por el escenario vacío como si buscara a Pavlova.

Se quedaron inmóviles, saboreando el momento. Anocheecía. Simone tembló de frío. Estaba al lado de él, mirando hacia abajo, y de pronto alzó ambas manos y le acarició el rostro. Michael se quedó paralizado. Ella se inclinó hacia delante y rozó los labios de él con los suyos. La mirada de Simone era serena, sin miedo, fija en Michael. Éste la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí, los labios de ella en los suyos, sus pechos contra su cuerpo. El aire se llenó de su calidez, de la emoción del descubrimiento. Se besaron y se abrazaron con la intensidad de dos personas que, de algún modo, sabían que todo aquello era temporal.

«Damas y caballeros, estamos llegando al aeropuerto internacional John F. Kennedy...» Una voz metálica sacudió a Michael, trasladándolo al presente. Los flecos de su memoria se dispersaron. Estaba a miles de kilómetros. Recogió cuidadosamente los fragmentos de sus recuerdos. Novodevichy..., y tres años se desmenuzaron entre sus dedos.

Miró por la ventanilla. Allí estaba la Gran Manzana. Nunca pensaba en Nueva York como una ciudad, sino más bien como una entidad aparte, un país por sí mismo, un organismo vivo que respiraba, diferente de cualquier otro. Volvió a pensar en Simone. ¿Cuánto tiempo había pasado? Su mente corrió a la última noche que habían estado juntos. Junio pasado. En Londres. Ella

iba camino de un simposio en Florencia. Él tenía que estar en El Cairo al día siguiente. «Dios mío, hace ocho meses.» Sintió una punzada. ¿Cómo podía haber pasado tanto tiempo? Michael parpadeó con fuerza.

Cuando estaban juntos, hablaban y hacían el amor. Eran dos desconocidos a los que el cruel transcurso del tiempo y el deterioro habían juntado temporalmente. Para ellos, eso también era una forma de conocimiento, el nacimiento de una consciencia que se sabía provisional. Intentaron poner normalidad donde no la había, recrear una vida real donde no existía.

Pasaron otros tres días y otras tres noches, llenos de estímulos físicos e intelectuales. El Cairo se volvió un recuerdo lejano; Florencia, un sueño irrealizable.

«¿Simone?», lo recordó como una pregunta y a la vez un intento inútil de posponer lo inevitable. «¿Y si nosotros...» Pero calló sin saber cómo seguir.

Ella yacía en la cama.

—Michael... —dijo, mirándolo con ojos suplicantes. En esos ojos había dolor y algo parecido al amor. Se incorporó y apoyó suavemente la cabeza en el hombro de él—. Si creamos una relación normal, destruiremos el más bello de los romances. —Lo miró fijamente—. No somos personas normales. Lo que tenemos es un sueño hecho realidad.

—Simone... —repitió él con voz pastosa.

—Michael —ella dudó durante una fracción de segundo—, no puede ser mejor que esto.

—Puede ser distinto.

—Distinto no es necesariamente mejor, es sólo eso, distinto.

—Simone, te estás desviando del tema.

—Desviarse de un tema es un oxímoron, cariño.

—Sólo estoy intentando entender dónde estamos.

—Michael, en nuestras circunstancias, es más fácil ser solteros. Tú eres un historiador de arcanos que no ha ido a su casa desde hace más de cinco meses. Yo soy una experta en el Renacimiento que pasa más tiempo en la Biblioteca Nacional de Florencia que en su carísimo *loft* de Nueva York. Somos mundos aparte.

—Simone...

—Escúchame bien, por favor. Los fines de semana que pasamos juntos logramos ser lo que realmente somos. Dos personas enamoradas, con un amor imposible. No tenemos ni idea de cómo hacer nuestro trabajo y conservar la relación sin destruirla.

—Hizo una pausa—. Además, tengo miedo de cómo este intento serio podría afectar a lo que somos cuando estamos juntos. Y si fracasara, las repercusiones que esto podría tener, cómo sentiríamos dolor en sitios que ni siquiera sabíamos que existían.

—Exacto. —Michael se levantó y se acercó a la chimenea—. Entonces soy sólo alguien con quien tienes sexo trimestral.

—Michael, creía que eras tú quien tenías sexo trimestral conmigo.

—Esto se ha complicado demasiado.

Todo se fue al traste en una décima de segundo. Michael sonrió y se esforzó por contener las lágrimas. Había voces encima, a lo lejos, y también recuerdos. La vida real... Ella tenía razón, desde luego. Eso nunca podría ser tan real como la vida. Los dos necesitaban espacio. Él se soltaría. La vida real... ¿Qué era ese concepto escurridizo? Quizás una vida real no era una existencia, por sólida e innegable que fuera, sino sus mejores momentos, cuando el yo es más sí mismo: la vida real más que una simple existencia.

El avión aterrizó en la pista y se acercó a la terminal.

Simone... El pensamiento le engatusó para que regresara al aquí y ahora. La vería pronto. Su nombre salió de su subconsciente. Mientras se apresuraba hacia la salida, Simone fue apareciendo ante sus ojos. Notaba la boca seca. La mirada de ella era para Michael un grito que resonaba en los recovecos más oscuros de su mente. Un instante después, la estaba abrazando, la cara de ella tocándole el hombro, los labios temblorosos, el miedo y el desconcierto inscritos en sus ojos. La mejilla que él pretendía besar fue sustituida por la pasión de la boca. Lo invadieron la culpa y la ternura mezcladas con un deseo doloroso. Luego llegaron las lágrimas de ambos. Se sentían el uno al otro mientras permanecían abrazados. «Estamos juntos.» Entonces Michael recordó, y por un momento el mundo se detuvo. «Michael, te necesito. Han matado a mi hermano.»

En Roma, las oficinas regionales del alto comisionado de la ONU para los Derechos Humanos están en la Via Giustiniani, justo frente a la Piazza Navona y el Palazzo Madama, sede del Senado italiano. El edificio fue construido a finales del siglo XIV sobre las ruinas de los antiguos baños por los monjes de la abadía de Farfa, quienes en 1505 lo cedieron a la familia de los Médicis. En cierta época albergó a dos Médicis, cardenales a la par que primos, Giovanni y Giuliano, que más adelante fueron los papas León X y Clemente VII, respectivamente. Aunque la Comisión se dedica a proteger los derechos humanos, en ese frío y lluvioso día de invierno, el 11 de febrero, fue un campamento fuertemente vigilado, rodeado por una docena de policías militares con perros guardianes.

Curtis estaba sentado a una mesa, estudiando el mapa de Roma. El camino más rápido para llegar a la sede del alto comisionado de la ONU para los Derechos Humanos sería tomar la via delle Quattro Fontane, girar a la izquierda en la Via di Tritone, dejar atrás la Via del Corso, sortear la Piazza Colonna y zigzaguear por la Via dei Coronari. Frunció el ceño. Aunque era sábado y el tráfico sería esporádico, Coronari era una calle estrecha, de sentido único y con muchos edificios, ideal para una emboscada. No, ese trazado no serviría. Una ruta más larga, pero también más segura, pasaría por la Via del Corso, de cuatro carriles, y luego lo obligaría a girar a la derecha en la Via Plebiscito para tomar el Corso

del Rinascimento. Miró el reloj. Las once menos cuarto. Dentro de otros veinte minutos estaría listo.

Se abrió la puerta corredera y entró un hombre musculoso con dos cafés en sendos vasos de plástico. Era casi tan alto como Curtis y tenía las mejillas convexas, la barbilla hendida y la cabeza afeitada.

—Eh, Josh... —Curtis asintió al ver el café.

—¿Alguna novedad? —preguntó Josh con un acento inconfundible del sur de Estados Unidos.

—Todavía no, pero ya falta poco.

Josh lanzó una mirada recelosa al hombre mustio de rasgos orientales sentado en el rincón.

—En todo caso, ¿cuál es la historia de este viejo? —preguntó a Curtis.

—XD Prioridad Máxima Etiqueta Roja —respondió—. Algo relativo a experimentos con prisioneros en la Segunda Guerra Mundial. Unos cuantos decidieron contar su historia antes de morir.

—Un poco tarde, ¿no? —dijo Josh, ajustándose su Heckler & Koch G36 en el costado.

—Más vale tarde que nunca —replicó Curtis.

—Entonces, ¿por qué Etiqueta Roja?

—Al parecer, alguien no quiere que esta historia se conozca. De diecisiete testigos, han muerto dieciséis.

—Por causas naturales, sin duda. —Josh esbozó una sonrisita de complicidad. Luego, con su voz más bien desdeñosa, añadió—: Japón y su jodida gilipollez último modelo. No saben nada sobre la seguridad de hoy en día, maldita sea. Una panda de mezquinos.

—No —dijo Curtis—. Por eso les gusta seguir nuestro ejemplo.

—Un poco tarde, ¿no? —repitió Josh.

—Más vale tarde que nunca.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que esperaron a que murieran dieciséis de diecisiete testigos para pedir ayuda? —preguntó Josh, incrédulo.

—Lo que oyes.

—Vaya lío de mierda —resopló. Josh notaba que la cólera crecía en su interior—. Y nosotros, ¿qué pintamos en esto?

—El «graznido» salió hace varios días —le informó Curtis con toda naturalidad.

En la jerga de los servicios de inteligencia, «graznido» significa estado de máxima alerta. Por norma general, es transmitido a todas las organizaciones de seguridad enchufadas al sistema. El canal se utiliza cuando la urgencia supera al secreto.

—La Interpol fue informada de un peligro para la seguridad. La alta comisionada de la ONU para los Derechos Humanos quería que este hombre estuviera escondido antes de que salpicara la mierda. Por lo visto, no se fía de las fuerzas de seguridad italianas. Así que, por eliminación, nos ha tocado a nosotros.

—¿Sabes qué decía Napoleón de los italianos? —intervino Josh.

—No, ¿qué?

—Si al final de la guerra resulta que luchan a tu lado, es sólo porque durante el conflicto se cambiaron de bando dos veces. —Rio con ganas. Curtis sonrió—. ¿Desde cuándo lo sabía el gobierno? —preguntó Josh, señalando con la cabeza en dirección al viejo.

El siguiente silencio lo rompió la retumbante voz de Curtis.

—Probablemente, desde el final de la guerra.

—¿Cuál?

—La Segunda Guerra Mundial —aclaró Curtis.

Josh enarcó las cejas.

—Mira, Josh, tienes razón. Esto huele a mierda. Es evidente que alguien está entrometiéndose desde dentro.

Un sedán negro camuflado pasó a toda velocidad por una calle resbaladiza, justo cuando la llovizna se convertía en chaparrón. Rodeó el bloque, salió por la via dei Giardini, luego giró a la izquierda y poco a poco se metió dando marcha atrás en una plaza de aparcamiento reservada para los guardias de seguridad. Enfrente había un teatro restaurado de dos plantas que, desde hacía más de una década, estaba ocupado por la división administrativa del Ministerio del Interior. Por las matrículas de seguridad (STP 8903), quienes estuvieran en el ajo sabrían que el se-

dán era utilizado por ramas clandestinas del gobierno federal en operaciones delicadas y extraoficiales. STP, Servicios Especiales. Código 89, subcódigo 03, operaciones de emergencia. Esta clase de operaciones jamás se realizaban para ninguna delegación del sistema judicial oficial.

Se aparearon tres hombres vestidos de civiles. Dos de ellos llevaban impermeable negro, las solapas subidas, los amplios bolsillos deformados por las poderosas armas que contenían. El tercero, más bajo y fornido, lucía un traje a rayas de tres piezas, bien cortado. En su atractivo rostro destacaban unas patillas largas y finas, con forma de ele.

Los tres hombres cruzaron las puertas giratorias y entraron en el vestíbulo, con su oscura y sólida madera encerada y los ventanales que daban a un patio interior. Era un sábado por la mañana, y el edificio estaba vacío salvo por un par de aburridos guardias jurados apostados en la entrada.

—Díganme. —Uno de los guardias se levantó de su silla. El hombre trajeado sacó del bolsillo una placa azul con una estrella de cinco puntas: SISDE, servicios de inteligencia nacionales italianos, dependientes del Ministerio del Interior. El vigilante se aclaró la garganta—. Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Venimos a recoger al testigo —dijo el hombre—. Hemos llegado lo antes posible. —Los dos guardias jurados se miraron uno a otro.

—Por supuesto —terció el primero tras una pausa—. ¿Puedo ver otra vez su placa, señor? Tengo que anotar el número.

—¿Hay algún problema?

—En absoluto. Seguro que es un malentendido. —El guardia lo miró fijamente, y luego a sus dos compañeros—. Desde luego que no. —Vaciló un momento—. Sólo que hace un rato han venido dos estadounidenses y nos han dicho lo mismo.

—¿Se han llevado al testigo? —preguntó con voz tranquila el más alto de los hombres con impermeable.

—Todavía no, señor. Están esperando la luz verde del cuartel general.

Los tres hombres se miraron con complicidad.

—Somos una unidad de apoyo. El Ministerio del Interior

recibió la noticia de que la vida del testigo podía correr peligro. Ha habido un cambio de órdenes. ¿No se lo han dicho? Ya saben cómo funciona esto. No quieren riesgos. —El hombre fornido sonrió. Los dos guardias jurados volvieron a mirarse.

—Señor, nos han ordenado que verifiquemos dos veces con el Ministerio del Interior la identidad de todo aquel que se acerque a esta mesa a preguntar. La única excepción la constituyen los dos estadounidenses.

—Claro, entiendo —dijo el hombre bajo y robusto, encojiéndose de hombros. El guardia jurado cogió el teléfono y empezó a marcar—. Pero no hará falta.

—¿Perdón? —se sorprendió el guardia.

El más alto de los hombres de impermeable sacó una 45 táctica, con doce balas en la recámara, y apuntó a la cabeza del vigilante. Éste soltó el auricular, a punto de dejarse llevar por el pánico. El otro guardia permaneció sentado, inmóvil, con los ojos clavados en el arma.

—Supongo que no han recibido el cambio de órdenes —dijo el hombre de corta estatura, sonriendo al guardia—. Es matar, no transferir.

El hombre alto apretó el gatillo. Cuatro ruidos sordos. La cabeza de uno de los guardias, y luego la del otro, dieron una brusca sacudida hacia atrás, y de las gargantas manó la sangre.

El asesino examinó las estrías del enorme silenciador. Tiró de él haciéndolo girar, apretó el disparador de la recámara y comprobó el cargador.

—Dos estorbos menos. Ahora falta uno —dijo el hombre fornido a sus dos compañeros. Miró el reloj—. Nos quedan doce minutos.

Josh sacó una foto de su cartera y la acarició.

—El mes que viene, Jessica empezará en la escuela de enfermería. Estoy muy orgulloso de ella. Le pediré que se case conmigo. Espero que no me rechace.

—Ella te quiere, Josh.

—¿Lo crees de veras?

—Sólo hay que ver cómo te mira cada vez que le cuentas una de tus historias de guerra —comentó Curtis.

—Así que estamos en misión de paz de Naciones Unidas, protegiendo a un criminal de guerra. Dios es misericordioso. Si un sistema se rom... —Calló de repente y ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa, Josh?

Curtis confiaba en el increíble sexto sentido de Josh. En Afganistán, era el hombre punta de la avanzadilla del pelotón, una posición peligrosa que requería actitud alerta y capacidad para reaccionar ante ataques inesperados. Josh miraba en la dirección del sonido, tras las dos puertas y el vestíbulo. Sacó la pistola. Curtis hizo lo propio.

—No sé... Sonaba como una tos reumática. Uno de los guardias habrá tenido un ataque. —Hizo una pausa, y luego, en silencio, saltó de la mesa y se dirigió a la puerta, desde donde observó el pasillo a través de la rendija entre el borde de la hoja y el marco—. O esto o tenemos visita.

Curtis empezó a notar sarpullidos por el exceso de calor, luego frío y dolor muscular. Conocía los síntomas. En la instrucción lo llamaban «estado de preparación para el combate». Se acercó al japonés sin hacer ruido. El viejo dio una boqueada involuntaria. Curtis alargó el brazo y con la mano le tapó la boca. Se llevó el dedo índice a los labios y le ordenó que permaneciera callado.

Curtis y Josh se miraron sin decir nada. No había tiempo para pensar. La puerta corredera del otro extremo del pasillo se abrió y se cerró con un sonido apenas perceptible. Los pasos eran apagados pero nítidos, pausados y cautos. Ya no había duda. Tenían visita. El vestíbulo torcía ligeramente a la izquierda a lo largo de unos treinta metros, antes de llegar a un arco transversal que daba a un espacioso interior y a un largo pasillo lleno de despachos.

—¿Muy lejos?

—A diez del arco, y luego la longitud del pasillo. Treinta y pico metros —contestó Josh.

—No podemos quedarnos aquí —apremió Curtis, y miró a Josh.

—Yo te cubro —dijo con gravedad el sureño.

En cuestión de segundos apareció el primer hombre en el extremo del pasillo. Con las solapas hacia arriba, dobló la esquina y se detuvo. En la mano izquierda sujetaba un arma de cañón largo rematada con un silenciador.

—El japonés y yo intentaremos llegar a la columna del otro extremo. Así, podemos retenerlos en el rincón hasta que lleguen refuerzos. —Josh asintió.

—Hijos de puta...

Curtis no estaba seguro de a quién se refería Josh, pero era capaz de confeccionar una lista de los que encajarían en la definición. Cogió al anciano con su musculoso brazo izquierdo y lo levantó ligeramente del suelo. Con la mano derecha empuñaba el arma. El cuerpo del testigo se volvió flácido.

—¿Preparado? —dijo Josh—. A la de tres. —Hizo una pausa. Se le hincharon las venas del cuello.

»Uno, dos, tres.

La puerta se abrió de par en par y un cegador escupitajo de luz acompañó a la explosión de disparos. Josh apretó el gatillo, apuntando al asesino alto en el otro extremo del corredor. Tras él, Curtis, manteniendo la cabeza baja, cruzó el vestíbulo como una flecha protegiendo al viejo con su cuerpo y disparando a la carrera.

¡Objetivo cumplido! Curtis sintió que algo se agitaba en su interior, y se dio cuenta de que había esperanza. Era la más peligrosa de todas las emociones, y sin duda la más necesaria.

Josh miró. ¡Objetivo cumplido! De pronto, un dolor abrasador se extendió por su costado derecho, la sangre apelmazaba lo que quedaba de su camisa. Volvió a disparar, incapaz de ver adónde. Otra bala le perforó el cuello. Brotó más sangre. Josh sabía que no podía quedarse donde estaba. «Muévete, muévete», se repetía a sí mismo.

—¡Túmbate! —gritaba una voz lejana.

Una parte de su mente se tambaleó. «Me estoy muriendo.»

—¿Curtis? ¿Eres tú?

A Josh se le doblaron las rodillas; el cuerpo pareció vaciarse de energía y fluidos vitales. Miró al otro lado del pasillo y vio a

Curtis. Josh cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos, y esta acción le supuso más esfuerzo que cualquier ejercicio físico. Se desplomó al suelo. Le salía un hilillo de sangre por la boca, agotado su sentido de la supervivencia. «Me estoy muriendo.» Ya no quedaba nada... Simplemente, ya no le importaba nada.

Curtis se arrastró tras la columna, estirando el cuello para ver alrededor. La supervivencia no vendría de mantener el miedo a raya, sino de abrazarlo. «Piensa en el trazado. ¿Dónde está la salida?» El edificio era de estilo dórico, con columnas acanaladas sin base y un triglifo en lo alto. El suelo era un mosaico florentino, con finas piedras de colores incrustadas en una superficie de mármol blanco. Oyó de nuevo un silbido apagado, el ruido de un proyectil atravesando el aire. Por suerte, dio en el pedestal. El testigo soltó un prolongado gemido y trató de incorporarse.

—¡No se levante! —gritó Curtis.

El japonés cayó de rodillas. Curtis notó unas manos viejas que se le agarraban, apretándole la carne con los decrepitos dedos. Sentía correr la adrenalina por sus venas. Se le secó la boca, su corazón se puso a latir desahogado, se le hizo un nudo en el estómago. «Alguien quiere a este testigo muerto», pensó. Lo cual significaba que alguien sabía que hoy iba a ser trasladado a un lugar seguro. Esto sólo quería decir una cosa: todo el sistema estaba en una situación comprometida. Se evaporó la conciencia de la propia identidad, cediendo paso al instinto. El desafío estaba en llegar a tuestas hasta la salida, improvisando cuando fuera necesario.

Otra ráfaga de tres disparos secos dio en la caña de mármol, a menos de un metro. Las balas venían de la misma dirección, pero el sonido era más fuerte. Estallidos de un arma ensordecida..., armas; otro pistolero. ¿Muy lejos? ¿Cuántos? Curtis sabía que el tiempo corría a su favor. Los asesinos tenían que trabajar deprisa. Aun así, se movían metódicamente, tomándose su tiempo y cortándole las salidas. Comprobó la recámara. Le quedaban seis balas.

La única huida posible consistía en correr al descubierto a través de una galería que daba a la entrada lateral. Era una invitación y una trampa. Tentador y suicida. El testigo era un hom-

bre frágil, de noventa años. Lo matarían al instante. Oyó unos pasos débiles, gatunos. Alguien bajaba las escaleras, así que alguien lo estaba apuntando desde un punto elevado. Configuración estándar en Operaciones Especiales. Cada agente tenía conexión visual con al menos otros dos. «Así que deben de ser tres», concluyó. Curtis reparó en que el hombre que bajaba la escalera era un señuelo. Si intentaba sacarlo de ahí, lo matarían en el fuego cruzado. ¡Fuego cruzado! Eso es. La bala decisiva propondría del ala. Cualquier profesional se aprovecharía de ello.

Curtis trató de visualizar todos los detalles de la planta superior. La escalera principal se fundía con unas escaleras de doble vuelta, que tenían un tramo ancho que iba desde la planta baja a un descansillo intermedio, y dos tramos laterales que iban desde este descansillo hasta la planta superior, ambos sostenidos por una sólida balastrada de mármol. En la planta de arriba, el pasillo, largo y ancho, conducía a una galería. Curtis estaba seguro de que el tercer tirador estaba allí. ¿Cuánto tiempo llevaba esperando a que él saliera? Otra serie de disparos rebotó en la base de la columna. Las balas no pretendían darle, sino obligarlo a salir. «Instrucción de Operaciones Especiales, clarísimo.» El testigo estaba paralizado y gemía en japonés. El sonido de pasos era cada vez más fuerte, como si le hicieran señas para que se dejara ver. Un señuelo.

«Piensa rápido. ¿Quién demonios es esa gente?» Las incertidumbres comenzaban a cansarlo.

A juzgar por el sonido de los pasos que se acercaban, el primer pistolero estaba a menos de quince metros del hueco de la escalera. Para tenerlo bien a tiro, Curtis debía salir de detrás de la columna, quedando al descubierto. Descartado... Lo mataría el tercer hombre que cubría al señuelo. «No pienses, actúa.» De pronto, siguiendo su instinto, se levantó, manteniendo su posición tras la columna, y apuntó a un espacio vacío de la galería. Se movió alguien. El tirador reaccionó y apuntó al lugar donde debería haber estado Curtis, sólo que él hizo lo único que ningún profesional haría. La ráfaga de fuego golpeó el aire y los mosaicos florentinos, de donde saltaron esquirlas. Curtis apuntó y disparó. Al instante, oyó un breve grito gutural. Del cuerpo de

un asesino manaba sangre a borbotones..., la velocidad y la presión indicaban que una bala había destrozado una arteria carótida.

Un tiro, un muerto. Cinco balas, dos pistoleros. Curtis avanzó lentamente hacia el espacio abierto y se inclinó sobre el tambor de la columna. Ahora el segundo pistolero tendría que cambiar de posición si quería tener ángulo de tiro sobre Curtis. Eso significaba que el señuelo debería pararse. Un nuevo chasquido cuando el señuelo se aprestaba a disparar otra bala confirmó su sospecha. «Están ganando tiempo.» ¿Qué tipo de arma tenía el segundo asesino? A primera vista, parecía de pequeño calibre, quizás una AMT Lightning modificada, uno de esos modelos de culata plegable diseñados para tirar desde una posición emboscada. A su derecha, Curtis oyó unos gemidos.

La coordinación lo era todo. Pasarían varios minutos antes de que llegara ayuda. ¿Podía Curtis acercarse a la entrada lateral? Y si lo conseguía, ¿cómo podía saber que no era una trampa? De todos modos, no había tiempo para planificar. Tenía que vivir en el momento, o él y el viejo morirían. No tenía elección. Puso su enorme mano en el hombro del viejo y lo empujó al suelo.

—No se mueva. —Curtis no tenía ni idea de si el japonés lo había entendido, pero, con la boca estirada y los ojos cerrados de terror, el anciano no iría a ninguna parte.

De pronto, oyó que alguien se le aproximaba con rapidez. ¡Ahora! Curtis se lanzó hacia delante, rodó sobre sí mismo al descubierto y disparó bajo, dándole al señuelo en la rodilla. Se oyó un grito. El asesino cayó de bruces y resbaló unos pasos hacia su verdugo. Sin perder el ritmo, Curtis rodó de nuevo sobre sí mismo y apuntó a la cabeza del señuelo. Apretó el gatillo y se la reventó: una masa horrible de sangre y tejido blanco, el resto del cerebro en fragmentos, la mitad del cráneo destrozada. Le rozaron una serie rápida de disparos desde la planta superior. Las balas se empotraron en la pared de la derecha. «¡Dos armas! Entonces no es una AMT Lightning», pensó mientras se arrastraba de nuevo hasta debajo de la galería de la segunda planta.

Curtis sabía que quedaban suficientes proyectiles para matarlos a él y al anciano. Con todo, al menos la situación no era tan

desalentadora como antes. Tres tiros, y quedaba un pistolero. Curtis permaneció inmóvil, conteniendo la respiración. Al escuchar, le invadió una especie de parálisis. Sentía en su mano el peso del arma (Ruger 44, una Redhawk), más poderosa de lo que el cometido exigía, pero ideal de cerca. Por fin, el tiempo estaba de su parte. Podía esperar indefinidamente. Los refuerzos llegarían de un momento a otro, siempre y cuando el viejo no se moviera. Entonces, con su visión periférica, ¡lo vio! El anciano, con la boca estirada por el miedo, avanzaba lentamente. Susurraba algo ininteligible, mirando alrededor con ojos desorbitados. «¡Dios mío, no!» Aquello era lo único que no podía permitir, lo único que lo ponía en desventaja. Para cubrir al japonés, Curtis debería retroceder hacia el espacio abierto de la galería, y exponerse así al pistolero de la planta superior.

Algo se agitó en su interior. Había estado así antes. Fue en 2001, en las afueras de Jalalabad. Su patrulla fue sorprendida en un fuego cruzado del enemigo, con los talibanes teniendo la ventaja de la altura. Dos de sus compañeros murieron, y él mismo resultó herido. Sintió náuseas. Era una sensación estremecedora. «¡No pienses, actúa!» Curtis debía alcanzar al anciano y cubrirlo. De lo contrario, acabaría muerto. Le quedaban tres balas... Tendría que usarlas con precisión.

De pronto, oyó un leve arañazo. Un metal que rozaba la ba-laustrada de mármol. Otro segundo, y el tirador apretaría el gatillo. Estaba apuntando a la cabeza del anciano, sin duda. Un tiro limpio. Procedimiento estándar. Instrucción de las Fuerzas Especiales.

Curtis osciló a su derecha, se agachó y cubrió el espacio despejado entre él y el viejo en lo que pareció un milisegundo. Después se abalanzó sobre el japonés, su hombro se estrelló contra el pecho del otro, y lo mandó de vuelta a la columna dando tumbos. Llegaron las amortiguadas detonaciones. ¡El asesino había fallado! ¿Cómo era posible? ¿Qué suerte más increíble! A su alrededor estallaron todos los mosaicos florentinos.

Se lanzó otra vez a la derecha, lejos de la columna y el anciano. Actuaba por instinto, confiando en sus circuitos de la instrucción de Operaciones Especiales, instalados en lo más hondo.

Por fuerza, el asesino tenía que estar delante de él. Apuntar y disparar. «Hagas lo que hagas, no dejes que dispare él primero.» Curtis se puso en pie de golpe, la mano izquierda sujetando la muñeca derecha, el arma centrada, apuntando adonde creía que estaba el pistolero. Disparó tres veces. Se quedó sin munición.

¿Y si había fallado?

Luego lo supo. Un alarido, un grito y un jadeo procedentes de la galería de arriba. Después nada. Curtis se quedó inmóvil, esperando. Silencio. Cubrir al testigo. Sin dejar de mirar hacia la galería, dio un paso atrás. De repente, sintió que se le propagaba un dolor por el pecho. Los latidos llegaron a ser tan violentos que se agachó y cayó de rodillas. Se le soltó el arma de la mano. Una parte de su mente se tambaleó, confundida. «Me han dado. ¿Será grave? El testigo... Proteger al testigo.» Curtis intentó levantarse. Le explotó en el estómago un dolor punzante, se le doblaron las rodillas y cayó de cabeza al suelo.

Le manaba sangre a chorros. Sosteniéndose con ambas manos, Curtis trató de enfocar los ojos, rechazando el dolor. Oía los gritos y los pasos que se acercaban, las voces cada vez más fuertes, corriendo hacia él. «El testigo... Proteger al testigo.» Curtis alzó la cabeza haciendo muecas de dolor y miró a su derecha, al anciano japonés. Se puso de pie poco a poco, apoyándose en la columna. Para Curtis, la habitación oscilaba en círculos. Había desaparecido el equilibrio y volvió a caerse, aunque logró detener torpemente la caída con los antebrazos. Los pasos enseguida llegarían a ellos. En lo más hondo de su conciencia notó una extraña sensación de alivio. «El testigo está seguro. Los asesinos están muertos. ¿Quiénes diablos eran? Oh, Dios mío... Estoy herido.» Y ya no sintió nada.